

Cristina Mucci

La Gran Burguesa

Una biografía de la escritora Silvina Bullrich

Primera edición: octubre de 2003. Grupo Editorial Norma.
Edición especial para e-book: abril de 2015.

ÍNDICE DE CONTENIDO

- Prólogo
- La familia Toro Rico
- Primeros amores
- Nace una escritora
- Bodas de cristal
- El pasajero del jardín
- Contándolo todo
- La soledad
- La novela social
- El trío más mentado
- Volver a las fuentes
- No soy marxista
- Vender, vender, vender
- Seguir contándolo todo
- La tragedia
- El final
- Bibliografía
- Agradecimientos

*A Graciela Chaud y Betty Schmoller,
mis amigas más antiguas.*

PRÓLOGO

Fue la escritora argentina más exitosa, la que obtuvo más fama y la que más libros vendió. Con el modelo explícito de los *best-sellers* norteamericanos, logró montar una especie de industria unipersonal que producía a razón de un libro por año. Aparecían antes de la Navidad, y el público los consumía en la playa durante el verano. Era talentosa y sabía contar, pero como no se privó de reconocer muchas veces (porque lo decía todo, o casi todo), las presiones del mercado la fueron apartando de su ruta. Dejó en el camino una trayectoria seria, que podría haber sido.

¿De qué hablaba? De lo que conocía bien. Las viejas casonas tradicionales, los pisos de Barrio Norte, las estancias, las herencias, los viajes a París. Y por supuesto de los amantes, las traiciones, la indiferencia de los hijos, lo difícil que resulta vivir y crecer para una mujer. O sea, en gran medida, de ella misma. Era ella la que vendía. Una mujer punzante que desmenuzaba con agudeza a su propia clase y de paso, permitía que el “medio pelo” –como describía Arturo Jauretche a la clase media arribista- pudiera entrometerse en ese mundo. Ella sabía esto y lo explotó durante años. Ganó bastante dinero, algo que le importaba muchísimo porque a pesar de los brillos no era rica. Además, le gustaba provocar.

Era una aristócrata y estaba orgullosa de serlo. No renegaba de su origen, más bien se lamentaba por la pérdida de un imaginario: ese proyecto de país conservador, rico y europeizante, con abuelos que viajaban a Europa con la vaca en el barco. Con dolor e ironía observó la decadencia de sus valores de infancia y frecuentemente habló de una “oligarquía débil” y de “una clase dirigente que no supo serlo”, a la que consideró responsable de todos nuestros males. Más adelante tomó como tema la plata fácil, el ascenso de la vulgaridad, los coches estruendosos, los *cocktails*, Punta del Este y la ropa de marca. Y descubrió que esa mirada irónica terminaba siendo su propia vaca lechera, la razón de su éxito y su fama.

Era agresiva, en ocasiones desagradable, y mucha gente no la quería. Pero también fue valiente y en cierta forma, feminista. Ella, que apenas había aprobado sexto grado porque según su madre “en el secundario los profesores preguntan cosas verdes sobre el cuerpo humano”, decidió que iba a ser escritora, libre e importante. Y logró serlo. Tuvo los hombres que

quiso, se divorció cuando nadie lo hacía y afrontó una convivencia sin papeles. Se quejó, reclamó, escribió artículos. Abrió caminos, aunque siempre en su estilo particular.

Seguramente influyó su seguridad de origen, algo que las otras dos escritoras que le disputaban el cetro no tenían. Tanto Beatriz Guido como Marta Lynch se esforzaron durante todas sus vidas en mostrarse como mujeres pertenecientes a la burguesía terrateniente, aunque críticas con su propia clase social. Sin embargo, no era cierto. Marta pertenecía a una típica familia de clase media, y ascendió socialmente al unirse con Juan Manuel Lynch. Beatriz procedía de un hogar culto y refinado, pero sus orígenes se remontaban a un abuelo italiano y no a los héroes de la Independencia a los que se refería vagamente. Por esa inseguridad que las hacía vulnerables, ante ciertas injusticias no se quejaban, más bien trataban de ocultarlas.

Como a las otras escritoras del trío más mentado, la conocí en mi adolescencia por medio de sus libros. El primero que leí fue *Los burgueses*, y de allí seguí con *Los salvadores de la patria*, *Bodas de cristal*, *La creciente*, *Los pasajeros del jardín* y *Mañana digo basta*. Eran las épocas de *La alfombra roja* y *La señora Ordóñez*, de Marta Lynch, y de *Fin de fiesta* y *El incendio y las vísperas*, de Beatriz Guido. Las tres se convirtieron en modelos de escritoras audaces y comprometidas, especies de versiones autóctonas de quien era su ídolo declarado: Simone de Beauvoir.

A partir de los setenta me fui alejando, aunque hay que reconocer que ellas me ayudaron bastante. Beatriz menos, aunque al intentar describir una realidad que la desbordaba publicó sus novelas más débiles: *Escándalos y soledades*, *La invitación* y *Rojo sobre rojo*. La literatura de Marta no decayó en esa época, pero sí lo hizo su imagen pública, debido fundamentalmente a sus vaivenes políticos. Con respecto a Silvina, fue en esos años cuando publicó sus títulos más superficiales y apurados: *Reunión de directorio*, *Escándalo bancario*, *A qué hora murió el enfermo* y *La bicicleta*, por citar algunos casos.

La conocí personalmente a principios de los años ochenta. Creo que la primera vez que la vi fue en la puerta de la editorial *Perfil*, donde casi me atropelló al salir, mientras gritaba con su voz gangosa: “¡Mocosos de mierda, no entienden nada! ¡Mirá que ponerse a criticar a Martínez de Hoz (1), con todo lo que hizo por este país!”. Unos años después, ya en

plena democracia, tomó el papel de abogada defensora en un “Juicio a los *best-sellers*” que organizó la Feria del Libro y generó bastante escándalo. Luego la invité a mi programa de televisión, *Los siete locos*, que recién comenzaba. La senté con un escritor que se encuentra en las antípodas de su pensamiento, José Pablo Feinmann, y no recuerdo que haya hecho un mal papel.

Su enorme éxito, que mantuvo hasta su muerte, seguramente nos está mostrando una parte importante de lo que supimos ser.

NOTAS

1- José Alfredo Martínez de Hoz fue ministro de Economía de la última dictadura militar, y encarnó su alianza con el poder económico. Murió en prisión domiciliaria por delitos de lesa humanidad.

La familia Toro Rico

“Nosotros, los Bullrich, somos inmigrantes en el buen sentido de la palabra: somos los forjadores del país en la paz y en el trabajo”, dice Silvina en sus memorias, publicadas en 1980. Allí describe a su familia y se advierten todos los clisés que caracterizaron una época.

Su abuelo, Augusto Bullrich, fue cónsul argentino en Boulogne-sur-Mer durante catorce años. Vivió en París, donde derrochó su fortuna, junto a su mujer y sus tres hijos. Su padre, Rafael Augusto, recién volvió al país a los dieciocho años y, según ella, “era un francés, lo fue siempre, a tal punto que nosotras apenas sabíamos que vivíamos en la Argentina”. A Rafael Augusto le gustaba pintar, pero debido a los derroches familiares entendió que estaría obligado a ganarse la vida. Se recibió de médico mientras trabajaba en distintos oficios (una farmacia, una comisaría), y con los años llegó a ser miembro de la Academia de Medicina y decano de la Facultad. Su vocación artística, finalmente, fue canalizada por medio del coleccionismo.

Al poco tiempo de volver de Francia, los Bullrich se instalaron en Buenos Aires, en una casona de la calle Rodríguez Peña. En la casa de enfrente vivía una señora con su sobrina huérfana, María Laura Meyrelles, quien con los años sería la madre de Silvina.

María Laura también descendía de familias aristocráticas. Su abuelo, José Coelho de Meyrelles, fue el primer enviado de Portugal a la Argentina y el primer poblador de Mar del Plata, ciudad que perdió en el juego y así pasó a manos de las familias Luro y Peralta Ramos. También, junto a otros portugueses, fue dueño de unos enormes saladeros que se extendían desde Mar Chiquita hasta Cabo Corrientes. “Sospecho que era algo negrero; en todo caso, aventurero y jugador empedernido”, confesó Silvina. Coelho de Meyrelles se casó con Rosalía Torres, nieta de una de las hermanas de Juan Martín de Pueyrredón, y así nacieron María Laura y cuatro hijos más, cuyos destinos fueron, a juicio de la escritora, “bastante trágicos”.

El mayor se casó teniendo cuatro hijos naturales y se suicidó por una deuda de juego. Una de las mujeres se divorció, se instaló en París para tapar el escándalo de sus relaciones con Roque Sáenz Peña, y finalmente murió paralítica. Además tuvo una hija que, después de “matrimonios tormentosos”, se suicidó. El otro varón se casó con una de las mucamas de la casa, se instaló en Luján y fue padre de una niña a la que los Bullrich nunca conocieron, aunque supieron que en una época trabajaba de mucama en el Hotel Plaza. Otra de las mujeres también fue marcada por la desgracia: Silvina recuerda que frecuentemente visitaba su casa una tal señora de Correa y cuando era anunciada, su madre alzaba los ojos al cielo y la atendía con un guiño irónico dirigido a sus hijas. “Al parecer se trataba de una provinciana humilde a quien le regalaba vestidos viejos y alguna tela barata para confeccionarse una blusa. La teníamos por una pechadora constante. No sabíamos quién era. Cuando lo supimos fue demasiado tarde”.

Para las costumbres de la época, Rafael Augusto Bullrich y María Laura Meyrelles se casaron de grandes: ella tenía treinta años y él, treinta y cuatro. Tuvieron tres hijas: Laura, Silvina y Marta. Silvina nació el 4 de octubre de 1915. Su madre había perdido un varón en un embarazo anterior y a juicio de la escritora, su familia esperaba que ella también lo fuera. Luego nació Marta y su padre dijo: “basta de chancletas”. “Oí a menudo esta expresión en sus labios y siempre me dolió. Mamá quería más hijos. Papá decía que le bastaban”.

Además, la situación financiera se complicaba: debieron vender grandes extensiones de tierra en Luján y mudarse a una casa de altos y bajos en Arenales 1445, cuya parte inferior fue alquilada, pues necesitaban rentas. Para instalar el consultorio del doctor Bullrich, María Laura Meyrelles vendió el último campo que le quedaba. Según Silvina, su padre aborrecía el campo, quizá para no lamentar el haberlo perdido: “Yo no sabía en aquel entonces que mi apellido quería decir ‘toro rico’ ni que los parientes de mi padre harían de nuestro nombre un sinónimo de campos, estancias, ventas de ganado y de caballos de raza”.

“Tenía una relación estrecha con su padre, un hombre cultísimo. En cambio, el vínculo con su madre fue siempre difícil”, recuerda Silvia Raverot, una amiga cercana de la familia. En realidad, el vínculo recién comenzó a deteriorarse bastantes años más adelante, “cuando mi sólido amor por ella sufrió una brutal fisura como la de una barco que se quiebra

contra un iceberg. No, nunca tuvo un amante, ojalá mi desilusión hubiera sido por considerarla demasiado humana; fue por el contrario, saber que podía anidar sentimientos crueles, o para ser más benévola, egoístas". Se refiere al episodio con la señora de Correa.

La mayor de las Bullrich, Laura, era la más bonita e inteligente de las tres, y a Silvina siempre le inspiró adoración. Con respecto a la menor, Marta, el sentimiento era distinto, ya que su carácter era más sumiso. Fuera de su casa, los personajes que más amó fueron su abuela paterna (a quien llamaban Cocó) y su tía soltera, María Elena. Todos los domingos iban a almorzar a su casa, y sobre esos almuerzos, al morir su abuela, escribiría un poema.

Nunca le gustaron las muñecas y para sus cumpleaños se hacía regalar arcos y flechas, rifles, cañones y soldados de plomo. "De haber nacido cincuenta años después me hubieran llevado al psicoanalista y hubieran creído que tenía tendencias lesbianas. Por fortuna, nací cuando a nadie se le ocurría pensar cómo iba a evolucionar una chica. A mis padres les causaba gracia mi disposición guerrera, y mi padre afirmaba: 'Silvina es mi hijo varón'. Me gustaban los juguetes de los hombres porque la verdad era que ya me gustaban los hombres y me aburrían los temas de mujeres."

Iba al colegio Onésimo Leguizamón ("en ese entonces muchos niños bien iban a colegios del Estado") y sus calificaciones eran "una calamidad". Como muchas chicas de esa época, no cursó ni siquiera el secundario, aunque tuvo amigas de su edad que llegaron a la Universidad. "No hay que olvidar que mamá, temerosa por los escándalos que habían ocurrido en su familia cuya sangre llevábamos, quería alejarnos de todas las tentaciones, para ser más exacta de cualquier intimidad con los hombres. El bachillerato, la Facultad, las mujeres libres, la espantaban", la justificó Silvia.

Cuando terminó la primaria y sugirió la idea de inscribirse en el colegio secundario, su madre le respondió: "Me han comentado que los profesores preguntan cosas verdes sobre el cuerpo humano". Sin embargo, era excelente en los cursos de francés y se recibió en la Alianza Francesa con medalla de oro. Fue su único estudio sistemático y el único que en su casa consideraron importante, ya que vivían henchidas de nostalgias ajenas, de una París que aunque no conocían, echaban de

menos. La primera vez que leyó el *Quijote* fue en una edición infantil en francés.

A tono con la época, veraneaban en Mar del Plata, en un amplio caserón ubicado en la calle Bolívar entre Santiago del Estero y Córdoba, que pertenecía a su madre. Allí se instalaban de diciembre a marzo, y su padre, que seguía atendiendo el consultorio, las acompañaba los fines de semana. Iban a la playa Bristol con su rambla de madera, y más adelante comenzaron a frecuentar Playa Grande.

A pesar de no tener fortuna, al doctor Bullrich le gustaba vivir bien. Cuando Silvina cumplió doce años se mudaron a una casa que mandó a construir en la calle Galileo, donde colgó los cuadros de su creciente colección, que llegaría a ser una de las más importantes del país. Atendidos por diez personas de servicio, organizaban comidas fastuosas “para franceses gustadores del buen vino”.

Con sus hijas, sin embargo, Bullrich no era demasiado generoso. Debían pensar mucho antes de permitirse comprar otro chocolatín, y conformarse con los vestidos más feos y con menos gracia de Buenos Aires, confeccionados por una costurera por horas que frecuentaba su casa. “Sabe Dios qué le habrá regalado en aquellos días a alguna de sus queridas. Mamá no necesitaba su dinero, tenía su fortuna propia y mi padre nunca la cubrió de joyas ni de pieles. Nunca sabré si fue generoso con alguna de las mujeres a quien quiso y que lo quisieron. Lo dudo”.

Además de refinado y *bon vivant*, su padre era buen mozo y enamorado, y aunque su madre conocía esas historias, aparentemente no les daba importancia. “Mamá despreciaba tanto a las mujeres que admitía la infidelidad de los hombres. Decía con admiración que un señor casado era un ‘farrista’ y en cambio no perdonaba en una mujer lo que ella llamaba ‘faltar’. Abnegada, fiel, madre cariñosa, muy creyente en Dios y en la Iglesia, cometió el error de darnos a entender que la familia era una institución para mujeres y que más allá de ella había un mundo prohibido, rico en pasiones que siempre deberían sernos vedadas.”

Primeros amores

A Silvina siempre le gustó leer. La biblioteca del escritorio de su padre estaba disponible, y así tuvo acceso a los autores franceses y rusos, que eran los que abundaban. Según la poeta Victoria Pueyrredón –quien la conoció en la infancia porque vivían en la misma cuadra- en esa época nadie pensaba que iba a dedicarse a escribir. Sin embargo, según ella dice en sus memorias, desde muy chica supo que iba a ser escritora: “Yo sabía, lo supe siempre, que algo iba a quedar de mí. Le pedía a Dios una sola cosa: vivir hasta los treinta años, o sea el tiempo necesario para demostrar que era una escritora. Nací para la vida intelectual y casi todo lo demás me ha sido vedado”.

Para reforzar esta idea, contaba que su madre quiso hacerla jugar al golf cuando se inauguró la cancha del Jockey Club de San Isidro: le compraron una bolsa de palos, le pagaron un profesor y a la tercera lección, huyó despavorida. Intentaron hacerla jugar al bridge y luego al tenis, pero tampoco hubo caso. Muchos años después, cuando ya era famosa, declaró: “Eso sí, nadaba bastante bien y andaba a caballo. Lo que realmente me gustaba era manejar coches. Si hubiera nacido en otra generación, tal vez habría corrido carreras. Siempre tuve autos deportivos. Ahora tengo un *Lancia* que me enloquece. Yo digo, entre matarme con un *Lancia* y que me mate un colectivo, prefiero el *Lancia*. Pero soy prudente. No tanto porque cuide mi vida, sino porque cuido el auto” (1).

Un día leyó en la revista *El Hogar* un poema de Manuel Mujica Láinez que la conmovió. Como se trataba de “un muchacho conocido”, le preguntó a su hermana Laura, “que ya iba a *conktails*”, si lo había cruzado alguna vez. “Por supuesto –le respondió Laura-. Es alto, pálido, y usa capa”. Ella lo imaginó parecido a Lord Byron.

Poco después, Laura invitó a *Manucho* a comer a su casa. “Recuerdo con horror el vestido marrón con cuello de encaje que me puse esa noche; posiblemente me pasaba la combinación pues me ocurría a menudo, tenía puestos los anteojos pese a la preocupación de Laura porque me los sacara. Pero era miope, mucho más que ahora, dado que la miopía mejora

con la edad. Esperé en el *living* la llegada de Lord Byron. Al oír el timbre me acerqué a la escalera y vi, con una desilusión imposible de ocultar, a un joven de tez rosada, ojos un poco inyectados de sangre, pelo oscuro con rizos muy apretados. No era tampoco alto y por supuesto no usaba capa. Debí haberle dicho cosas desagradables y él nunca fue lento para responder.”

“Por aquel entonces, Silvina y yo peleábamos mucho. Luego nos hicimos amigos, muy amigos, y seguimos peleando. Naturalmente, con todos sus defectos, la quiero. Hay demasiado tiempo entre nosotros”, recordó a su vez Mujica Láinez (2). Al conocer el escudo de la familia Bullrich, que contiene un par de cuernos, *Manucho* intentó burlarse: “Así que ustedes llevan cuernos...”. “No, nosotros los ponemos”, le contestó ella.

Cuando estaba por cumplir quince años, el 6 de septiembre de 1930, estalló la revolución que derrocó a Hipólito Yrigoyen (3) y en el país se interrumpió por primera vez el orden constitucional. Aunque hasta entonces su padre no se había ocupado de política, “estaba de moda llamar a Yrigoyen ‘El Peludo’ y estar en contra de su gobierno. Supongo que eso se debía a que nos movíamos en un medio conservador”.

Rafael Augusto Bullrich subió a su familia en su *voiturette* y salieron “como para un corso”. “Toda la ciudad estaba en la calle. Algunos policías nos hacían cambiar de rumbo, volver para atrás. Ese día, por primera vez en mi vida, le oí a papá decir una mala palabra; le dijo ‘pelotudo’ a un vigilante. Nosotras no podíamos creer a nuestros oídos. No conocíamos esa palabra; insisto, no teníamos hermanos varones y en aquel entonces no se usaba hablar mal”.

Su madre volvió con ellas en un taxi y el doctor Bullrich se quedó en la Plaza del Congreso. “Quizá pensaba encontrarse con alguien, lo ignoro. Sólo recuerdo nuestro terror cuando llegó con su ropa siempre impecable algo arrugada, porque había tenido que echarse al suelo cuando comenzó el famoso tiroteo en el que murieron tres o cuatro personas. La ciudadanía ‘oligarca’ estaba indignada, como si no fuera natural que en una revolución murieran algunos, sobre todo los jóvenes militares. *Manucho* escribía: ‘Sequemos las lágrimas y tú no te inquietes/ Mujer de los velos de negro color/ Las armas al hombro están los cadetes/ En torno del trono de nuestro Señor’. Esos versos, si mal no recuerdo, aparecieron en *La Nación*”.

La revolución del 30 despertó su primera adhesión política: se enamoró del general José Félix Uriburu (4), al que relacionó con los héroes de sus novelas francesas. En su dormitorio colocó una foto del militar golpista cruzada con una cinta argentina. “Así comenzó mi período de argentinismo, mi deseo de conocer nuestra historia y hasta de enterarme que había una literatura argentina”, dijo.

En otro escrito hizo este comentario: “Mi generación nació durante la guerra del 14-18 y sin duda fue acunada por canciones guerreras. Si creemos a los psicoanalistas, todo lo que oímos en la cuna se graba en nuestra mente y deja rastros en nuestra personalidad. Aún recuerdo algunas canciones que vociferábamos a los cuatro o cinco años con institutrices francesas”.

A los diecisiete, y gracias a un dinero que le prestó su madre, publicó *Vibraciones*, un libro que reúne poemas que venía escribiendo a partir de los catorce, aunque pocos lo sabían. “Después lo sacó de su *currículum*. Sin embargo, es un libro que en su momento me gustó”, continúa Victoria Pueyrredón, quien aún conserva uno de los pocos ejemplares que existen y del que reproduzco *Sacrilegio*, su poema preferido:

*Un pedestal de oro y una estatua de yeso
Que yo soñé soberbia cegada en mi quimera
El pie se tambaleó y por su propio peso
Rodó el dios hecho polvo. ¡Y es todo lo que era!*

*Si te he querido un día, que voy dejando lejos,
Era porque mi amor hizo de ti un ideal.
Fue por él que brillaste, envuelto en sus reflejos;
¡Pero eras muy pequeño para ese pedestal!*

*Todos somos pequeños para un amor sincero
Si no somos capaces de comprenderlo bien
¿Quién no apartó ternuras que estorban el sendero?*

Acaso estos reproches merezco yo también.

Pero un favor siquiera te debo en mi existencia:

El haberme enseñado, por fin, la indiferencia.

A diferencia de lo que sucedió con Beatriz Guido, a quien su padre siempre apoyó, el doctor Bullrich no estimuló a su hija en su carrera literaria y se indignaba cuando ella afirmaba que sería una escritora importante. “Ninguna mujer llega a ser universal”, solía reflexionar.

En realidad, no tenía prácticamente ningún apoyo. *Manucho* Mujica Láinez, por ejemplo, insistía en seguir tomándole el pelo: “Déjenla escribir, es barato y no le hace mal a nadie”, dijo alguna vez, y Silvina no lo olvidó. Muchos años después, en su novela *Te acordarás de Taormina*, hizo que alguien le dijera a la protagonista cuando ésta había afirmado que quería ser escritora: “Es barato y no molesta a nadie”.

Cuando cumplió los dieciocho, pudo concretar su primer viaje a París y se dio finalmente el gusto de conocer los museos, los teatros y los quioscos a orillas del Sena de los que tanto había oído hablar. Al volver, le pidió a su padre que la dejara trabajar. “Él me dijo que no era necesario; yo insistí. Nunca pude soportar ser mantenida. Lo primero que necesito para sentirme afirmada sobre la tierra es ganarme mi vida. Mi padre lo comprendió y me nombró su secretaria.”

Sin embargo, el doctor Bullrich no entendió del todo sus ansias de independencia. Cuando Arturo Palenque Carreras –un estudiante de Derecho que jamás había trabajado- le pidió la mano de Silvina, le dijo: “Espero que mi hija nunca tendrá que trabajar”.

Nacido en Rosario, Palenque Carreras provenía por rama materna de una de las familias más antiguas de Santa Fe. Cuando Silvina cumplió veintiún años se casaron, y ella inmediatamente abandonó “ese empleo ficticio” de secretaria de su padre.

“Pasamos nuestra noche de bodas en el Hotel Plaza, en Buenos Aires. Contraté una pequeña orquesta que tocaba desde una terraza a la cual daba nuestra habitación. Silvina, cuando oyó música, abrió la ventana y se encontró con ese regalo inesperado”, recordó alguna vez Palenque, un caballero de la época que, pese a todo lo que sucedió después, jamás habló mal de su mujer. Ella, sin embargo, dijo: “Luego de una luna de miel apasionada empecé a conocer el tedio, las largas horas, el vacío, la falta de sentido de la vida”.

Según una íntima amiga de la infancia, cuando Silvina se puso de novia con Arturo Palenque estaba todavía enamorada de un novio anterior que la había abandonado, y en el que se inspiró para escribir muchos de los poemas que aparecen en *Vibraciones*. “Se casó con él sin amarlo. A su familia tampoco le convencía Palenque, un muchacho desgarbado, sin demasiadas luces ni atractivo, y además pobre. Pero ella igual se casó.”

“Cuando yo tenía veinte años, en el ambiente en que crecí el mundo parecía tener un solo porvenir que ofrecer a las mujeres: el matrimonio, y por supuesto la maternidad. Nadie a mi alrededor había discutido todavía la necesidad de que este estado fuera una vocación; parecía que el solo hecho de haber nacido mujer obligaba a tener una vocación conyugal y maternal; de esos conceptos equivocados vinieron los estrepitosos fracasos conyugales de gran parte de mi generación”, recordaría años después.

A los diez meses de casada nació Daniel Palenque Bullrich, su único hijo, con quien tendría siempre una relación conflictiva: “No sé si las demás mujeres serán como yo, pero nunca me parecí menos a mí misma que mientras esperaba a mi hijo. Perdí vitalidad, dormía diez o doce horas diarias, apenas podía leer, no lograba escribir una línea, no podía soportar el café ni el cigarrillo. A los diez minutos de nacer mi hijo, prendí un cigarrillo y pedí un café. Apenas mi hijo hubo nacido, sentí saciada esa ansiedad por procrear que se llama instinto maternal y decidí que nunca más tendría otro hijo”.

Mientras tanto, la relación con Palenque Carreras iba de mal en peor. Su marido ensayaba diversos empleos que le conseguía la familia para ganarse la vida, y el matrimonio ya era un “brete en el que nos habíamos metido y dentro del cual pataleábamos sin saber cómo salir. Algo anduvo mal muy pronto pero nos costó mucho admitirlo”.

Su hermana Laura -quien se había casado con un hombre de fortuna- les pagaba la niñera, y una tía de Arturo Palenque se hacía cargo del alquiler. Por otra parte, “el hogar de nuestros padres apuntalaba nuestra unión. Todos nos reuníamos allí a las horas de las comidas y ese clan unido permitía soportar las dificultades del propio hogar. A la noche, después de comer, Arturo solía quedarse con mis hermanas jugando a las cartas y yo volvía a casa a escribir”.

Aunque comían todas las noches en la calle Galileo, el padre de Silvina no los apoyaba demasiado. “Yo no puedo ayudar a gente que tiene auto”, dijo alguna vez el doctor Bullrich, aunque según comentó Silvina, “teníamos un *Fiat Balila* de segunda o tercera mano que dormía en la

calle, y mediante cinco pesos el portero nos lo limpiaba y lo lavaba de tanto en tanto. Lo necesitábamos para trabajar, y aun cuando no lo hubiera necesitado, yo nunca pude vivir sin auto”.

NOTAS

1.- Revista *Gente*, 1978.

2.- Oscar Hermes Villordo, *Manucho*, Editorial Planeta, 1991.

3.- Hipólito Yrigoyen, figura relevante de la Unión Cívica Radical, fue presidente de la Argentina en dos períodos: 1916-1922 y 1928-1930.

4.- José Félix Uriburu fue un militar argentino, presidente de facto de 1930 a 1932.

Nace una escritora

Mientras vivía la frustración de su matrimonio y criaba a su hijo a los tumbos, Silvina escribió su primera novela, *Calles de Buenos Aires*, y decidió empeñar un brillante que le había regalado su madre para poder publicarla.

En *Calles de Buenos Aires* se anticipan los temas que luego desarrollaría en *Bodas de cristal*, *Los burgueses* y tantas otras obras. Allí aparecen las mujeres que buscan llenar su tedio en casas de alta costura, partidos de bridge y amantes varios (preferiblemente casados con sus amigas más cercanas), y los hombres preocupados por las conquistas fáciles, el dinero y la figuración. Una sociedad que conocía a fondo y a la que siempre se había rebelado, aunque no lo suficiente como para apartarse.

Entre tantos personajes monocordes, se destaca un pintor exitoso que seguramente representa el sentimiento de la autora: “De haber nacido en Europa hubiera querido descollar entre tantos otros que descollaban, hubiera querido encontrarse a sí mismo entre tanto humano asentado, de una raza fija, de una raza que tiene amigos y enemigos ancestrales. Mortales que saben lo que es la muerte porque conocen la guerra y saben lo que es la vida porque valoran la palabra paz. Pero aquí, qué le importaba ser alguien, si el país entero gritaba: ‘No somos nadie’. Y el dolor de su tierra era su dolor”.

En esa época estalló la Segunda Guerra Mundial, y las simpatías familiares se dividieron. El doctor Bullrich, educado en Francia, era naturalmente aliadófilo, pero Arturo Palenque Carreras, quien había militado en la Alianza Nacionalista Argentina, se declaró a favor del Eje. Silvina decidió mantenerse equidistante: “Yo consideraba que se podía ser nacionalista y aliadófila”, comentó.

A pesar de que a partir del golpe de Uriburu había comenzado su etapa “de argentinismo”, ella amaba Francia. No apoyó el nacionalsocialismo como tantos “niños bien” de la época - incluidos sus cuñados y su marido- aunque intentó justificarlos en estos términos: “Es imposible detener el

avance de los tiempos y nuestros padres, al intentar hacerlo, lanzaban al mundo una generación falseada. Los hombres habían encontrado una magnífica venganza que les ofrecía la guerra del 39: se volcaban al nazismo. Hay que admitir que estaban mal informados, que no sólo Argentina sino el resto del mundo tardó en creer en la realidad de ciertos horrores, y los `niños bien´, que gozaban haciendo rabiar al papá liberal y aliadófilo, buscaban la revancha de una generación más que la absurda doctrina nazi. Pero la rebelión de los hijos, que en una generación consiste en ir a bailar tango en lo de *Hansen*, en otra dejarse crecer la melena, en la nuestra fabricó una imprevista oligarquía nazi. Las mujeres no teníamos esa válvula de escape”.

Tiempo después logró rescatar el brillante que le había regalado su madre y lo volvió a empeñar para publicar *Saloma*, una novela en la que – seguramente influenciada por sus vagas ideas nacionalistas- brega por una marina mercante argentina, que en esa época no existía. Muchos años después, en *Mañana digo basta*, decidió que la protagonista fuera la viuda de un marino mercante muerto en un naufragio.

Saloma, el canto silencioso con que los marineros acompañan su faena, es el nombre que el protagonista elige para bautizar su pequeño velero, con el cual huye de las previsibles charlas de sus amigos en las carpas del *Ocean Club* de Playa Grande. Salvando las diferencias, es en un punto similar al personaje de *Calles de Buenos Aires*: sin llegar a tomar la decisión de apartarse de su ambiente, es el encargado de cuestionarlo.

Al año siguiente a la aparición de *Saloma* publicó *Su vida y yo*, novela que siempre se negó a reeditar “por parecerme simplemente mala y no aportar al estudio de mi obra ni a la comprensión de mis libros posteriores”. Hoy es inhallable.

Silvina siempre recordó la época de su matrimonio con Arturo Palenque y sus inicios literarios como tremendamente sacrificada. “Quinientos ejemplares, doce horas de trabajo diarias, traducciones, radio, periodismo. Una vida dura que hizo de mí lo que soy”, dijo.

Hacía crítica de teatro en el programa radial *Diario oral femenino*, ocupación que consideraba “muy divertida”. “Iba al teatro a la tarde (en esa época había teatro de tarde), volvía apurada, escribía la nota, comía cualquier cosa y me iba a la radio. La audición era a las diez de la noche”,

recordaría muchos años después (1). Había comenzado a relacionarse con el ambiente intelectual y poco después conocería a Eduardo Mallea, quien dirigía el Suplemento Literario de *La Nación*. Empezó entonces a escribir en ese diario y lo seguiría haciendo siempre. “Mallea no me ayudaba sino que me gritaba: ‘Esto no es digno de Silvina Bullrich’. Y yo me quedaba mirándolo; por primera vez alguien opinaba que un cuento mío no era ‘digno de Silvina Bullrich’, ergo, Silvina Bullrich existía, era alguien, aunque fuera una promesa”.

También comenzó a tratar a Silvina Ocampo y Adolfo Bioy Casares, y a asistir a las reuniones que organizaban en su *triplex* de la calle Ecuador. “Borges comía allí todas las noches, Pepe Bianco casi todas y yo muy a menudo. Éramos fervorosos, inteligentes, lúcidos, vivíamos para las letras, para el placer siempre nuevo de leer y de discutir literatura.” Su relación con este grupo (que no compartía con Arturo Palenque) se mantuvo a lo largo de toda su vida, aunque no fue tan idílica como intentó describirla. Además de la literatura los unieron los celos, las envidias, y toda la gama de pequeñas traiciones y mezquindades que hacen a la naturaleza humana.

En 1943 consiguió que la editorial Emecé publicara su novela *La redoma del primer ángel*, y obtuvo el Premio Municipal de Prosa junto con Manuel Mujica Láinez y Pilar de Lusarreta. “Papá se quedó de una pieza cuando me llamaron a Galileo a la hora de comer para comunicarme la noticia. No podía creerlo. Le pareció una distinción injusta. Llego a interrumpir una discusión sobre el libro diciendo: ‘No vale la pena seguir discutiendo, no tiene bastantes valores para eso’.”

Siempre lamentó que un padre “tan querido, tan valioso, tan admirado”, la menospreciara por el solo hecho de ser mujer. “¡Qué extraña rivalidad hay entre padres e hijos! Quieren tener hijos valiosos pero temen ser superados. ¡Como si yo pudiera superarlo a él, que hizo avanzar en un siglo los estudios de cardiología en la Argentina y que descubrió tantos cuadros de un valor incalculable en cuchitriles de anticuarios de barrio!”

En *La redoma del primer ángel* continuó tratando los temas que ya había esbozado en *Calles de Buenos Aires* y *Saloma*: los estereotipos, las injusticias, el rol deslucido de la mujer en la sociedad. La novela está dividida en dos partes: *Anverso* (donde los personajes pertenecen a la clase alta) y *Reverso* (que transcurre en un ambiente de gente humilde,

desde donde intenta una tímida crítica social). “Hoy lamento que falte la clase media, pues era la única, según he podido observar luego, que conservando valores y defectos, principios y prejuicios del pasado, tenía una visión clara del porvenir y formaba a sus hijas mujeres para la lucha por la vida, las hacía entrar a la Universidad, impedía ese `mal del siglo´, esa neurosis tediosa que germinó en la clase alta y yo pinto en esta novela”, comentó años después.

En la época en que apareció este libro, se suicidó la misteriosa señora de Correa. Al acompañar a su madre a la casita humilde donde ésta alquilaba una habitación, Silvina supo por fin de quién se trataba. “Mi corazón se oprimió. Sobre la cómoda había una taza de té con leche por la mitad. Abrí el cajón de la mesa de noche. Vi una foto mía en vestido de baile, otro recorte con mis primeros versos. Ella seguía mis pasos, me apreciaba”, recordó en sus memorias.

Su madre le explicó que su tía se había portado muy mal con ella a la muerte de sus padres: “Había abierto la caja de seguridad, y además se había divorciado y vuelto a casar”. Además, “un señor le había escrito a mi padre diciéndole que estaba harto de que esa mujer con la que había tenido relaciones se aferrara a él que era casado, que lo perseguía”.

“Quizás tenía una enfermedad incurable, quizá estaba harta de vivir. Pidió que le dieran una suma de dinero a un joven mecánico amigo de ella, sin duda su amante, al cual le debía según sus líneas mucha ternura y compañía. Nadie se la dio. Yo no tenía un peso, vivía de la generosidad ajena, de mis esfuerzos denodados en periodismo, traducciones mal pagas y un sueldito de Arturo.”

Al poco tiempo, su padre murió de un infarto. “Sentimos, y con razón, que el mundo se desplomaba sobre nuestras cabezas. Tardamos algunos días en comprender que la casa iba a deshacerse como la de mi abuela, que los cuadros sabiamente elegidos y atesorados, que los objetos adquiridos uno a uno con amor y sacrificio, que todo eso iría a manos extrañas. Ni siquiera sabíamos que papá no dejaba fortuna, que mamá debería restringir su tren de vida, mudarse a un departamento, que perderíamos nuestro verdadero hogar.”

Rafael Augusto Bullrich era dueño de la segunda colección de impresionistas del país, pero ésta debió ser vendida en el peor momento:

en plena Segunda Guerra Mundial, los valores estaban en baja. De todas maneras, Silvina terminó heredando una suma considerable.

Ocho meses después continuaría la tragedia: también murió su querida hermana Laura, en este caso de cáncer. “Le cerré los ojos. Otro entierro, y todas las lágrimas que ella no había vertido las vertía yo. Yo sola, yo en instancia de divorcio, con una madre destruida, con un propio hogar hecho trizas, con un chico al que mantener sin un peso en el bolsillo, aunque no pensaba en eso ni tampoco comprendía que estaba por cobrar la herencia de mi padre. Lloraba, estaba sola, quería estar sola, no ver a nadie, no recibir visitas de pésame, llorar, llorar, llorar”.

Aunque seguían conviviendo, a esa altura Silvina y Arturo Palenque habían dejado de dirigirse la palabra.

NOTA

1.- Diario La Nación, 1979.

Bodas de Cristal

A partir de *La redoma del primer ángel*, Silvina nunca dejó de publicar. Su próximo libro fue *La tercera versión*, donde un escritor mediocre le confiesa a una mujer que está a punto de abandonarlo su imposibilidad para sostener una relación. Seguramente influenciada por la famosa *best-seller* francesa Françoise Sagan -con quien se sentía identificada en esa época- urde una trama de ambigüedades con final abierto que resulta interesante.

Luego vendría una biografía de George Sand, escritora con quien también se identificó ya que provenía, como ella, de una familia importante, había optado por la vida bohemia de París y “exageraba el símbolo de la igualdad entre los sexos vistiendo ropas de hombre”. Hasta tal punto llegó la identificación que años después se disfrazó de George Sand para una fiesta organizada en un crucero.

A esa altura, los vestidos baratos de su infancia ya eran cosa del pasado. Era extremadamente cuidadosa de su imagen, y a tono con la época, usaba impermeables y sombreros de ala ancha, con lo que lograba un aire parisino tipo *nouvelle vague*.

Historia de un silencio, su obra siguiente, es una novela intimista que remite en parte a *La tercera Versión*, y por ende a Françoise Sagan. El narrador recuerda un verano en el Tigre Hotel durante su adolescencia, cuando fue testigo de un triángulo amoroso formado por una prima bastante mayor, su marido y un noble español con el que coincidieron casualmente.

Para esa época, Silvina ya estaba separada de Palenque. Si el matrimonio había durado diez años, había sido simplemente porque “éramos una generación más vacilante ante el divorcio que la actual”. Aunque las causas eran muchas, según Daniel Palenque Bullrich, lo que su madre no podía soportar era que su padre no ganara plata. “Es bastante llamativo que cuando se separó de ella se hizo millonario, aunque después perdió todo”, dijo.

Como tantos jóvenes nacionalistas de la época, Palenque había adherido al peronismo en 1945. Poco después de su separación, consiguió, a través de amistades y contactos, que Juan Domingo Perón (1) lo trasladara a Europa para ocuparse de la compra de armamentos. “Y así, de la noche a la mañana, sin tener ninguna experiencia en materia de armas, sin conocer Europa, con el solo dominio del francés, se instala en París y crea su base operativa: tanques, obuses, municiones, ametralladoras y cuanto artilugio bélico es lanzado al mercado, es adquirido por Arturo para el ejército argentino”, recuerda Ovidio Lagos en su libro *Argentinos de Raza*.

Se trataba de un negocio de millones de dólares, y allí fue cuando su vida pegó un gran salto, aunque no por mucho tiempo. “El error no consistió en gastar dinero en forma desmesurada –algo que suelen hacer los hombres de negocios- sino en su inveterado diletantismo, que lo acompañaría hasta el fin de sus días”, continúa Lagos.

Separada de Arturo Palenque, joven, con una profesión interesante y dinero propio, Silvina decidió iniciar una nueva etapa en su vida. Lo primero que hizo fue someterse a una cirugía estética de nariz. “Tenía nariz grande, pero eso le daba personalidad”, dice su amiga Silvia Raverot. “Yo creo que ahí su imagen perdió carácter, porque en esa época las narices operadas eran todas iguales, respingadas. Tengo un retrato que le hizo Mariette Lydis en el que aparece con su nariz verdadera, pero en general en todas las fotografías de esa época aparece de frente”, recuerda su hijo.

Mariette Lydis era profesora de dibujo de su hermana Laura, quien estaba casada con Jorge Pereda y vivía en la casa de sus suegros, el Palacio Pereda, actual sede de la Embajada de Brasil en Buenos Aires. Fue allí donde conoció a Silvina y le hizo el retrato.

Se instaló en un departamento con su hijo, contrató a una mucama alemana y a una cocinera, y como era “mala ama de casa”, todos los días iba a almorzar a lo de su madre, y de noche salía a comer afuera con amigos. “Íbamos a un restaurante, luego a bailar a *Gong*, después de *Gong* a comer *sandwichitos* a *Pompadour* para seguir la fiesta y a menudo a comer un puchero en *El Tropezón*. Me ha pasado llegar a casa cuando Daniel salía para el colegio.” Aunque no lo cuenta en sus memorias, tuvo

también una cantidad de amantes y romances ocasionales. “Después de las siete de la tarde sólo salgo con hombres”, solía decir.

“Las parejas de mi madre eran siempre hombres inteligentes y destacados”, asegura Daniel Palenque Bullrich, quien sin embargo agrega: “Pese a que le importaba muchísimo la plata, no estaba dispuesta a casarse con un hombre sólo porque fuera rico. Un importante banquero le propuso matrimonio y no aceptó”. Silvina habla en sus memorias de “un banquero muy respetuoso que no parecía sentir la menor atracción por mí pero deseaba tener una mujer que estuviese a su altura, que no le quitara lustre sino que por el contrario lo hiciera más brillante. Por desgracia, no soportaba su presencia más de dos o tres horas en un teatro o restaurante. Siempre tuve la mala suerte de no poder encauzar mis sentimientos hacia hombres que me convenían”.

Defendía su independencia y, según decía, “debía trabajar mucho para mantener ese tren”. Decidió vender unos departamentos ocupados e instalar un tambo, del que se encargó activamente. “Cuando compré mi campo lo hice después de esta reflexión: los trabajos femeninos dan chirolas, hay que buscar una inversión que signifique el trabajo de un hombre. ¿En qué trabaja en la Argentina un hombre sin carrera liberal? ¿En qué invierte su plata un hombre si quiere trabajarla? No hace empanadas, ni bocadillos para cócteles, ni pone una *boutique*: compra un campo.” Se entusiasmó con las tareas, que realizó personalmente durante varios años.

La relación con su hijo jamás fue fácil. “Yo nunca le dije que las frutillas eran caras o que se privara de un dulce; sabía que esperaba que se lo dijera para hacerme un reproche, como me lo hacía cuando yo vacilaba entre un traje más caro que el otro. Se vengaba inconscientemente de ser el hijo único de un hogar desunido. Yo era el cuco, la mano de hierro, el ojo de su conciencia. Yo había aceptado de una vez por todas la responsabilidad de su mantenimiento y de su educación. Me gusta que lo que hago salga bien. Cuando me propongo hacer algo lucho para que mis esfuerzos no fracasen. No quería un hijo débil, blando, mimado como el único hijo de mamá; no me permitía buscar, acunándolo entre mis brazos, una compensación por las terribles pérdidas que había sufrido y seguiría sufriendo: él tendría su propio destino y mi dolor no me justificaría convertirlo en idiota, analfabeto, regalón. Perdí a mi único hijo pero hice

de él a un hombre.” Cuando Silvina viajaba, Daniel se quedaba con su abuela, en el campo o en las casas de veraneo de sus primos.

En esa época contrajo tuberculosis, enfermedad que también padeció Marta Lynch en su juventud. Los médicos le prohibieron salir, trabajar, escribir a máquina, y eso complicó aún más el vínculo con su hijo. “Yo estaba aterrorizada. Daniel y yo teníamos que vivir y comer, yo debía estar en cama todo el día, alimentarme bien y no trabajar. Mi renta no alcanzaba para esos milagros; Jorge Pereda, mi cuñado, pagó toda mi enfermedad.”

Daniel pasó el verano con su abuela en Mar del Plata, pero al llegar marzo el médico le explicó que era un peligro para su hijo tenerlo consigo. Como consideró que su madre no estaba en condiciones de educar a un chico de once años, optó por ponerlo pupilo. Él nunca se quejó, pero un día se escapó.

“Estaba desesperada. No podía tenerlo conmigo por prescripción médica pero tampoco podía mandarlo de nuevo al colegio. Era un chico de una belleza extraordinaria, sus ojos claros y rasgados, su tez suave, su pelo rubio ondeado, y yo debía reprenderlo en vez de tomarlo en mis brazos: ‘Sobre todo no lo bese’. ‘Por supuesto, doctor, no soy una ignorante’. Ni mi enfermedad me permitía abrazarlo ni mi sentido de la disciplina me lo hubiera permitido. Lo mandé a su cuarto. Y me quedé sentada sola en mi escritorio mientras las lágrimas corrían por mis mejillas. ¿Qué hacer? Lo cambié de colegio y él aguantó, pero era demasiado chico o insensible, no lo sé, para comprender que yo me debatía entre la impotencia, la ausencia de quienes me hubieran acompañado y aconsejado, la falta de dinero, la imposibilidad de volver a trabajar y la prohibición de tenerlo conmigo. Él no podía saber que éramos dos chicos huérfanos frente a un mundo cruel.”

Logró curarse un año y medio después, aunque le quedó como secuela un leve enfisema pulmonar que se agravaría con el tiempo y sería la causa de su muerte. Cuando le dieron el alta, su hijo volvió a vivir con ella, aunque no por mucho tiempo.

“Yo me pude escapar de todas mis prisiones –dice Daniel Palenque Bullrich-. Le agradezco el mundo de la inteligencia y el haber vivido rodeado de libros, pero le reprocho, entre muchas cosas, el haber sino

una madre ausente. Era muy dura y evitaba de alguna manera el amor; a lo mejor ponía una barrera porque tenía miedo de enamorarse de su hijo. Ella siempre decía que el amor no tenía límites y que con sus amantes sabía demostrarlo, pero no lo sabía conmigo. Se lamentaba de lo caro que era mantener un hijo, pero se alegraba de lo barato que era vivir en el *Ritz*. De chico sufrí muchísimo esas cosas.”

En sus memorias, efectivamente, Silvina recuerda con nostalgia lo bien que los argentinos de entonces la pasaban en París: “Eran épocas de mercado negro. Cuando me entregaron la suma que yo había comprado en francos franceses desde Buenos Aires, era tal la montaña de billetes que no sabía cómo aplastarlos para que entraran en mi caja de seguridad del *Ritz*”.

En esa época, Arturo Palenque Carreras –que se encontraba en pleno momento de riqueza por la venta de armas- decidió deslumbrar a su ex mujer y a su hijo y los invitó a París. “Los hospedó en el hotel *George V*, con su correspondiente automóvil y chofer”, recuerda Ovidio Lagos.

La experiencia, que Daniel Palenque Bullrich recuerda con dolor, fue narrada por Silvina en sus memorias: “Mi ex marido, que había ganado una inmensa suma de dinero pero no nos pasaba ni un céntimo, nos invitó a Daniel y a mí a Europa. Hay demasiadas cosas de ese viaje que no puedo ni quiero recordar”. Se refiere a las constantes fiestas y despilfarros de Arturo Palenque, que a su juicio no eran buenos para su hijo, “sólo un chico entre personas mayores desgarradas, inocente y perdido entre la maraña de hechos desgarradores e irreparables. Su abuela paterna, que vivía junto con su padre y otros amigos en el *George V* desde hacía un año, lo abrazaba sin cesar, lo mimaba; olvidaba que mientras ellos estaban en París había tenido que estar pupilo porque su madre estaba tuberculosa”.

Al tiempo, Palenque volvió a la Argentina y se instaló en el *Alvear Palace Hotel*, “en el amplio departamento del primer piso que se abre a la esquina de la Avenida Alvear y Ayacucho, *suite* que pocos años después ocuparía Gina Lollobrigida, y se dedicó a gastar el último centavo que había ganado en Europa”, cuenta Ovidio Lagos.

Cuando la próxima novela de Silvina, *Será justicia*, ya había sido entregada a la editorial, decidió detener su publicación porque estaba terminando su obra siguiente, *Bodas de cristal*, y “estaba segura de que

con ella demostraría que era capaz de hacer una novela perdurable”. *Será justicia* recién se publicaría veinte años después, y allí se anticipan en parte los temas que trataría en *Bodas de Cristal*: infidelidades, matrimonios que subsisten por la fuerza de la costumbre, personajes que seducen por aburrimiento, por inercia, por no encontrar algo mejor que hacer.

Bodas de Cristal es la novela más sólida que había escrito hasta el momento. Allí ya se reconoce el estilo personal que le sería característico y le depararía tanto éxito. Muchas mujeres se sintieron identificadas con la historia de esta señora burguesa que durante la mañana siguiente al festejo de sus quince años de casada, mientras su marido todavía duerme, hace un balance de su matrimonio. Allí aparece el nacimiento de su hijo, y la descripción cariñosa y poco complaciente del prototipo del hombre porteño con quien se casó: buenmozo, seductor, machista, infiel. La también prototípica protagonista recorre cada una de sus infidelidades y desmenuza la institución matrimonial en un entorno que no excluye los campos, los veraneos y el servicio doméstico.

“Fue el primer libro que le publicamos nosotros y funcionó bien bastante pronto –cuenta la directora de Editorial Sudamericana, Gloria Rodríguez-. En esa época mi abuelo, Antonio López Llausás, estaba a cargo de la editorial y fueron muy amigos con Silvina, tenían una relación tanto social como laboral.”

A partir de *Bodas de cristal* empezó a ganar dinero con sus libros, aunque durante toda su vida se quejó por falta de plata. “Ella siempre se quejaba, pero tenía”, asegura Victoria Pueyrredón.

NOTA

1.- Juan Domingo Perón fue presidente de la Nación Argentina entre 1946 y 1955, cuando fue depuesto. Después de un exilio de diecisiete años retornó al país y en 1973 volvió a ser elegido Presidente, cargo que ejerció hasta su muerte, sucedida un año después.

El pasajero del jardín

Silvina viajaba a París frecuentemente. En uno de esos viajes arregló con una amiga para ir al teatro, y ésta llevó al empresario Marcelo Dupont. “Nos quisimos inmediatamente y, como dice Stendhal, `lo quise tanto en el primer minuto en que lo vi como en los momentos más intensos de nuestra vida’. Así nos quisimos nosotros, sin una vacilación, sin una duda, con un amor muy lindo, muy pleno, muy digno, con el cuerpo y con el alma, con un amor total”.

Tenía treinta y seis años y Marcelo cuarenta y nueve. Él era casado, y aunque aparentemente no lo sabía, estaba enfermo. En París se descompuso varias veces y decidieron entonces volver a Buenos Aires. Después de una temporada difícil, de encuentros clandestinos, Marcelo decidió dejar a su mujer.

“Conocí a Silvina cuando mi padre todavía estaba casado con mi madre. Un día estábamos en Playa Grande y cuando nos íbamos, papá me dijo que llevaríamos con el coche a una amiga. Recuerdo perfectamente que tenía puesto un traje de baño verde”, cuenta uno de los hijos de Marcelo, Gregorio Dupont.

Marcelo Dupont era abogado y dirigía un importante laboratorio, propiedad de su familia. Tenía tres hijos de su primer matrimonio: Teresa, que nunca aceptó a Silvina, y Marcelo y Gregorio, con quienes tuvo una excelente relación.

“Silvina siempre me quiso mucho, creo que me parezco bastante a papá y eso seguramente influyó. Tenía un metejón enorme con mi padre. Él le tomaba bastante el pelo y cuando ella largaba alguna de sus frases sentenciosas, decía: `Miren mi monito, las cosas que dice. A ver, monito, decí alguna otra cosita’. Y en lugar de reaccionar como hubiera hecho cualquier otra persona, ella se la bancaba”, recuerda Gregorio.

Se instaló con Marcelo Dupont en la quinta de su nueva suegra, en Boulogne. “De ahí que al escribir muchos años después *Los pasajeros del*

jardín lo haya situado en un parque y un vivero; porque el jardín era nuestro marco, la paz de la naturaleza era lo que necesitábamos”. Marcelo iba a trabajar por las mañanas “y el resto del día nos pertenecía, caminábamos entre los árboles al atardecer, comíamos junto a la chimenea en las noches heladas, de un invierno muy frío, un verdadero invierno para un pareja feliz”.

“Cuando papá se fue a vivir con Silvina yo tenía diez años y mi madre, que era una mujer bastante dura y con un carácter muy difícil, me dijo que si seguía viéndolo caería en pecado mortal. No me resultó fácil, pero pude liberarme del asunto y me fui a pasar un verano con ellos. Yo adoraba a mi padre y con Silvina, aunque tenía sus cosas, me llevaba muy bien”, cuenta Gregorio Dupont.

A raíz de la muerte de un hermano, Marcelo debió hacerse cargo de la dirección del laboratorio y se instalaron en Buenos Aires, en un departamento que compró Silvina en la calle Sinclair con el dinero que obtuvo de la venta de su tambo. “Marcelo no disponía de dinero líquido, como suele ocurrirle a los industriales”, contó ella.

Su hijo Daniel debió seguir viviendo en la casa de su abuela. “Marcelo me había dicho: `Me costaría mucho no vivir con mis hijos y vivir con un hijo ajeno... con el tiempo...´. Por supuesto. Era cuestión de tiempo. Había un escritorio arriba y yo estaba edificando otro cuarto y un baño. Planes, siempre planes que nunca salían”. Nunca más volvió a vivir con su hijo.

Ya instalados, comenzaron a llevar “una vida de relaciones muy agradable. Nuestra casa era acogedora; yo vivía para arreglar los centros de mesa, elegir los individuales, comprar centolla o langosta, dejarme adular por los invitados. Y cuando Marcelo me preguntaba por qué no escribía, yo no podía explicarle que nadie escribe cuando mira la arruga del individual de linón, ayuda a cortar centolla en la cocina, observa la temperatura de los vinos y va a las buenas casas de alta costura y a la peluquería. Él se enojaba y me decía que si tuviera mi facilidad escribiría sin cesar. ` ¡Escribí!, me casé con vos porque no sos una gansa como las otras´, me repetía. ` Dejame ser feliz, Marcelo. Dejame que me deje estar, que disfrute de esta felicidad. Escribir aleja de la realidad y yo no quiero alejarme de ella. No necesito una evasión´”.

Durante los años en que Silvina vivió con Marcelo escribió un solo libro, *Teléfono ocupado*, sólo para darle el gusto. “Era un libro fácil y divertido que aún goza del favor del público”, comentó. Se dedicó también a la adaptación de *Bodas de Cristal* –que Argentina Sono Film había comprado para el cine- junto a Enrique Cahen Salaberry y Luis Elizalde. Sin embargo, la novela recién se filmaría en 1975, con la dirección de Rodolfo Costa Magna y las actuaciones de Alberto Closas, Susana Campos y Soledad Silveyra.

En esa época murieron su hermana menor, Marta, y su sobrina María Marta, en un accidente de aviación. “Estaban en Europa pasando una temporada con unos amigos. Unos días antes de la fecha estipulada, y sin existir una razón aparente, Marta decidió adelantar el viaje de vuelta junto a su hija. Por ese cambio de último momento murieron las dos”, recuerda su amiga Silvia Raverot. “La muerte de Laura ya había sido un golpe muy fuerte. Con Marta, la menor, era menos unida, pero igual fue bravísimo. Había perdido a sus dos hermanas y eso fue algo que la marcó mucho”, asegura Victoria Pueyrredón.

Pese al sufrimiento, tenían planeado un viaje a Europa y lo hicieron. “Mi deber hubiera sido renunciar, quedarme con mi madre que tuvo el tacto de no reprocharme que siguiera viva cuando mis hermanas habían muerto. Ellas eran más útiles que yo; no escribían. Es cierto que Marta no la acompañaba a los médicos, ni a hacerse radiografías como lo hacía yo, pero tenía un hogar formado donde mamá podía encontrar al atardecer alguna hora de refugio. Yo era una escritora. Un ser maldito, como diría Baudelaire. Alguien a quien no se puede perturbar. Alguien que no sirve en una familia. Y para colmo divorciada. Y vuelta a casar. Mamá nunca me pedía nada. No hizo un gesto, no dijo una palabra para retenerme. Tenía un arma mejor y la usó hasta el final: me juzgó sin condescendencia a los ojos de mi hijo.”

Pocos meses después, la enfermedad de Marcelo volvió a manifestarse. “Desde entonces me pregunté muchas veces, ¿de haber sabido que tenía un cáncer de riñón me habría casado con él? Y nunca encontré la respuesta adecuada. Hoy, en la serenidad de la madurez, digo: no. Entonces tal vez habría dicho: sí”.

Marcelo Dupont murió después de una larga agonía. “Silvina me llamó para explicarme que papá no tenía salvación. `No quiero que sufra y tiene

unos dolores espantosos. Si vos estás de acuerdo, podemos darle morfina', me dijo. La diferencia es que sin la inyección podría haber sobrevivido una semana o diez días y con la inyección murió a las cuarenta y ocho horas", cuenta Gregorio Dupont.

“Para ella la muerte de Marcelo fue un golpe mortal. De los demás hombres que tuvo en su vida ninguno le importó”, asegura Victoria Pueyrredón. Tal vez no haya sido el único, pero fue un gran amor. Habían vivido juntos cinco años.

Contándolo todo

A pesar de sus audacias, lo cierto es que Silvina se comportaba en forma bastante convencional. “Le gustaba escandalizar, pero en el fondo estaba atada a todos los convencionalismos de la clase alta”, comenta el empresario Horacio Rodríguez Larreta, quien la conoció en esa época. Las instituciones burguesas no le resultaban indiferentes, y el matrimonio civil revestía para ella una gran importancia.

Por no existir en la Argentina de ese momento el divorcio vincular, nunca pudo casarse con Marcelo Dupont. Sin embargo, durante el gobierno de Juan Domingo Perón hubo un corto período en el cual la Argentina admitió el divorcio, y ella aprovechó para regularizar su relación con Palenque. “A los veintitrés años pedí firmar con mi nombre. A los veintiocho pedí la libre administración de mis bienes porque mi padre había muerto. A los treinta y ocho pedí la disolución de un vínculo matrimonial sin sentido. Fuimos un puñado los beneficiarios por esa ley y son millones los que nos envidian”, dijo.

Pero Dupont no era divorciado, y Silvina debió enfrentar todos los prejuicios de la época. En sus memorias recuerda que hubo un sacerdote, el padre Lío, al que le pidió que hablara con su madre, que se negaba a recibir a la pareja. “El padre, indignado, me contestó que nuestra unión era pecaminosa, y que una mujer que vive con un hombre es como una mujer de la calle. Le contesté que sabía poco de mujeres de la calle y de mujeres enamoradas en serio. Que si un hombre dice: ‘ésta es mi mujer’ y una mujer dice: ‘este es mi marido’ ante el mundo y ante Dios, no lo hace a tontas y a locas sino con un profundo sentido de responsabilidad. Después de una conversación larga en la cual se ablandó le dije:

-Padre, mi hermana mayor ha muerto, sólo tengo otra hermana. Si mi madre se niega a recibir a mi marido yo no la veré más ni cuando esté en el cajón. Tome usted ante Dios la responsabilidad de reemplazarme cuando ella me necesite si por desgracia muere mi otra hermana (cosa que efectivamente sucedió poco después).

“Este argumento le pareció decisivo y mamá por su consejo nos recibió `siempre que no viviéramos bajo su mismo techo’. No podíamos, por ejemplo, ir a su casa de Mar del Plata”, contó.

Al morir Dupont sufrió varios desaires. “Era socia del *Ocean Club* y porque había dejado de pagar durante dos veranos por estar casada con Marcelo, negaron mi condición de socia. Fue un escándalo bajo, vil, indigno de lo que debería ser una clase dirigente, pero no supo serlo, de ahí todos los males de nuestro país. Esa oligarquía débil, incapaz de responderse entre sí, trajo daños irreparables, dejó instaurarse dos gobiernos peronistas, consiguió que sus hijos se convirtieran en guerrilleros y que el peronismo, con Cámpora (1) como presidente de la República, ganara en el Barrio Norte cuando las últimas elecciones”, dijo en 1980.

“Después de muerto Marcelo la gente se regodeaba pensando que no me había dejado nada, que yo lo pasaría muy mal. La paraban a mamá por la calle para preguntarle: `¿Le dejó algo?’. Era odioso.”

Sin embargo, había tomado sus precauciones. “Tengo un espíritu práctico y realista. Conozco mis derechos y cuando sufrí el golpe de ver morir a Marcelo pensé que al menos nada cambiaría materialmente en mi vida. Sabía trabajar desde muy joven, poseía mis bienes propios y nadie tendría el derecho de discutirme cada objeto”, dijo, para después agregar con despecho: “Di lo que mi generosidad, que hoy considero enorme, me llevó a dar. También confieso que ya no lo haría, pues la ingratitud de la gente llega a límites inconmensurables”.

El departamento de la calle Sinclair donde vivían estaba a nombre de Silvina. “De haber sido ese departamento de Marcelo me habrían puesto en la calle con mi atadito de ropa y hubiera tenido que entrar a discutir, a pelear, a defender cada mueble llevado por mí, hasta los cuadros que me quedaban de mi padre.”

“Todos parecían creer que me había casado en gran parte por interés – dice más adelante-. ¿Qué puede dejarle a una mujer un hombre casado y con tres hijos en un país sin ley de divorcio? El quinto. Me lo dejó, pero yo entregué a sus hijos toda la platería, la que él había comprado en un remate para hacer la separación de bienes, el juego de té, el samovar, los cubiertos, las fuentes, además de copas de *baccarat*, un dibujo de Rafaelli,

sillas y muchos objetos más. Aunque su mujer vino a buscar todo en una camioneta y sus hijos eran mayores y lo sabían, nunca me lo agradecieron; el menor, Goyo, que tenía quince años, no lo recuerda siquiera.”

Marta Lynch y Beatriz Guido también eran divorciadas y tampoco pudieron casarse con sus parejas definitivas, Juan Manuel Lynch y Leopoldo Torre Nilsson. Sin embargo no se animaron a afrontar públicamente estas historias, más bien trataron de ocultarlas. Aunque íntimamente sufrieron la falta de una libreta matrimonial, jamás tomaron el tema del divorcio vincular como una causa.

Silvina era más segura socialmente y nunca sintió la necesidad de aparentar. Fue más honesta y, a su manera, luchó por los derechos de la mujer como no lo hicieron sus dos rivales. Aunque muchas veces se percibe un fuerte rencor, lograba la adhesión de un público mayoritariamente femenino que se sentía reflejado. Pero no le importó en lo más mínimo la contrapartida de semejante sinceridad, que consistió nada menos que en la exposición pública de su entorno familiar.

“Ella siempre habló de ella, de sus problemas, de su vida, de su gente. Habló hasta de sus médicos. Un domingo tuvo un problema de salud y como no pudo encontrar al médico, escribió un libro titulado *A qué hora murió el enfermo*. Recuerdo que una vez criticó a un escritor amigo porque consideró que estaba especulando con su vida, aprovechando su vida para escribir. Yo le dije: ‘No sé cómo te puede llamar la atención, cuando sabemos perfectamente que hay escritoras argentinas que siempre especulan con su vida para escribir sus libros’. Y no habló más, porque supo que yo estaba criticando lo que ella hacía. En eso era honesta, porque reconocía las cosas y decía lo que pensaba”, recuerda Victoria Pueyrredón.

A Daniel Palenque Bullrich le costó leer *Mis memorias*, el libro autobiográfico que escribió su madre. “Lo he leído poco porque me duele bastante, involucra a los demás en cosas que no deberían ser públicas. Nosotros tuvimos una relación muy conflictiva y enfrentada. Ella era una personalidad muy fuerte y el hijo de una personalidad semejante tiene que enfrentarla para poder volar. O se diluye en el útero materno o la enfrenta. Tenía un narcisismo enorme y la gente así cree que las cosas le son debidas.”

No sólo contó intimidades en gran parte de sus libros. También grabó un disco autobiográfico titulado *Silvina Bullrich por ella misma*, donde con la voz gangosa que la caracterizaría siempre, recuerda su matrimonio con Arturo Palenque Carreras en estos términos: “Me encontré perdida en un departamento en vez de la casa amplia de cuatro pisos y jardín de la calle Galileo. Muy sola. Con un marido desorientado como yo. Sin entrar a juzgarlo ni ahondar en nuestros malentendidos que terminaron en el divorcio, diré que era un hombre fantasioso, que no creía en la lenta y oscura labor cotidiana, sino en los negocios rápidos y brillantes. Justamente el mundo contrario al nuestro, el más apartado de mi modalidad, en el que la lucha vale mucho más que el triunfo, y el prestigio mucho más que el dinero. Por otra parte, nunca pude penetrar en ese mundo ni entenderme con quienes creen en esos valores. No me importa si sus piruetas hacen bien o mal, son simplemente vidas que no me interesan. Mi escala de valores es otra y en ese sentido soy muy intransigente”.

Palenque no soportó las declaraciones con el mismo estoicismo que los demás e inició acciones legales contra la empresa editora, solicitando el inmediato secuestro y retiro de la venta de *Silvina Bullrich por ella misma*. Pero fiel a su estilo caballeresco, decidió no demandar a Silvina. “Considero de mal gusto cualquier ataque a una persona que hace muchos años he querido. No he iniciado querrela alguna contra la señora Bullrich, sino contra algunos comerciantes que, por afán de lucro, divulgaron los errores de Silvina. No me hagan ninguna otra pregunta porque no contestaré. Es una norma que me impuse desde que nos separamos hace más de veinte años”, declaró (2).

NOTAS

1- El 25 de mayo de 1973, por una proscripción impuesta a Perón, su delegado Héctor J. Cámpora asumió la presidencia de la Nación. Su cercanía con la izquierda peronista lo enfrentó a la derecha partidaria y debió renunciar a los dos meses, cuando Perón expresó su voluntad de volver a ejercer la primera magistratura del país.

2.- Revista *Gente*, 1968.

La soledad

Al año siguiente de la muerte de Dupont, Silvina viajó al Festival de Cannes enviada por el diario *La Nación*. Al igual que Beatriz Guido y Leopoldo Torre Nilsson –que habían viajado con las latas de uno de sus films- intentó relacionarse, conocer actores y fotografiarse con ellos.

“Llegó a Cannes como periodista, pero la integramos a la delegación argentina –recuerda Horacio Rodríguez Larreta, quien había viajado junto a Beatriz y Torre Nilsson-. Nos hospedamos todos en el Hotel Martínez, en cuartos simultáneos, y recuerdo que Silvina –que era sin duda una señora gorda- se espantaba por las exclamaciones eróticas de *Babsy* y Beatriz, que todos escuchábamos y a veces no nos dejaban dormir. Un día nos invitó a almorzar un empresario argentino riquísimo, que tenía una gran villa. Recuerdo que a su lado tenía a un chico joven de una belleza extraordinaria, al que acariciaba constantemente. ‘¡Qué desastre, qué inmoralidad!’ , decía Silvina por lo bajo. El chico resultó ser Alain Delon, que en esa época filmó *A pleno sol* y se convirtió en estrella. Esos días de convivencia me permitieron ver la forma en que se movía y se esforzaba por mostrarse como una personalidad fuerte y transgresora. ‘Soy la Françoise Sagan argentina’, decía”. Más adelante –y salvando las distancias- su modelo pasaría a ser Simone de Beauvoir.

Durante ese viaje estudió las posibilidades que tendría de instalarse en París, y llegó a la conclusión de que podría hacerlo. Hacia allí viajó, pero las cosas no resultaron tan fáciles. Se sintió muy sola y debió llenar sus largas tardes vacías, “cuando todos tenían un lugar en el tablero de París mientras yo seguía siendo un apéndice”, con trabajos esporádicos. Tradujo un libro de Roger Peyrefitte, envió algunos artículos a *La Nación* y escribió *Mientras los demás viven*, una novela inspirada, en cierto modo, en su historia de amor. “¡Qué lindo título tan mal aprovechado! Lo dediqué a ‘Marcelo, mientras los demás viven’. Pero la herida era muy reciente, estaba todavía abierta y aún sangraba, entonces inventé una trama cualquiera, hice una pareja mediocre, sin la nobleza de nuestra unión. La verdad sólo pude escribirla años después en *Los pasajeros del*

jardín, cuando ya la herida estaba cicatrizada, aunque mientras la escribía las lágrimas corrían por mis mejillas.”

Después de un año y medio, decidió volver. “El hecho de tener una madre y un hijo en la Argentina seguramente influía sobre mis decisiones”, dijo, aunque Daniel siguió viviendo con su abuela. “Le consentía todo mientras yo, eso lo recuerdo bien, llegaba para obligarlo a levantarse, para conseguirle un puesto tras otro, que él abandonaba cuando yo me distraía pues no sabía ser subordinado, pero yo consideraba que trabajar mientras se estudia es una disciplina necesaria. Además, debía ya ganarse la vida en serio. A los veintiún años no se puede seguir dependiendo de su madre y su abuela. Fui muy severa con él y aunque él reconoce que tuve razón, siempre me guarda rencor”.

“Su sueño era que yo tuviese un buen sueldo seguro en una empresa, pero jamás pude trabajar en relación de dependencia. Fue muy difícil. Además, si bien mi abuela me quería muchísimo, no sabía demostrar los afectos. Ninguno de nosotros tenía la capacidad de comunicar cariño. Mi madre y mi abuela se llevaban pésimo y peleaban constantemente”, recuerda Daniel Palenque Bullrich.

“Pese a que no se llevaban bien, Silvina se ocupó de su madre en la vejez. Administró sus bienes con rigor de hierro y todos los mediodías iba a su casa a supervisar qué le daban de comer”, asegura la escritora María Esther Vázquez, que fue su amiga y aunque reconoce sus defectos, la considera “una mujer admirable”.

En sus memorias, Silvina también describe los sentimientos que le provocó Daniel cuando le anunció que iba a casarse: “Estaba pasando una situación económica difícil y no pude ayudarlo. Al principio, temí tener que volver a cargar con otro hogar, con nuevas dificultades. Por fortuna se desenvolvió solo, venció los escollos y logró triunfar”. Tampoco tuvo una buena relación con la mujer de su hijo, y eso provocó nuevos reproches y distanciamientos. Sobre el tema familiar publicaría años después un ensayo, *Carta abierta a los hijos*, que declaró haber escrito “porque el desencuentro generacional dentro del seno de la familia me tocaba muy profundamente”.

Una noche, en una comida, conoció a un médico casado, Alejandro Pavlovsky, y volvió a enamorarse. La relación, sin embargo, sólo le acarreo

sufrimiento. “En verdad, no le deseo a nadie vivir una pasión destructiva – comentó-. Hay una edad que se puede sufrir de amor sin destruirse, pero a los cuarenta y cuatro años es demasiado tarde para esas agonías. Destruyen a cualquiera, pueden conducir a la locura o al suicidio. Yo me sentía al borde de las dos cosas”.

Después de Marcelo Dupont nunca volvió a tener una pareja estable, y frecuentemente se quejó por esto. “Me siento sola siempre, después que enviudé de mi segundo marido me he sentido sola siempre. He nacido para estar casada, pero por distintas circunstancias no me casé por tercera vez. Es muy difícil casarse tres veces, ya tenés mucho miedo. No te podés equivocar. Con el primero me equivoqué, con el segundo enviudé. No puedo hacer el papel de una persona que vive casándose, pero a mí me gusta vivir con un hombre. Sufro mucho cuando viajo sola. Por ejemplo, la gente me dice al saber que fui a Cannes: ‘Qué bien lo pasó, cómo se distrajo’. Y no es así, porque en el Festival de Cannes almuerzo y como sola. Me siento sola en el cine. Es muy triste estar sola en el avión y llegar sola a los aeropuertos, al hotel donde no te han reservado un cuarto. Frente a la vida me siento muy sola. Siento miedo a la vida, ésa es una verdad innegable. La gente ha nacido para vivir en pareja, siempre se lo digo a Beatriz y Torre Nilsson. Los envidio a ellos, a Simone de Beauvoir y Jean Paul Sartre, y a todas las parejas para las cuales sus trabajos y sus personalidades van juntos. Fijate que a mí, con la personalidad que tengo y el nombre que ya tengo hecho, me es muy complicado. Muchas manías, un carácter fuerte, un montón de costumbres que me hacen muy difícil plegarme a otro hombre. Los hijos no son la pareja. Yo creo en la pareja: Adán y Eva. Salvo por esas madres muy madrazas. A nadie le nace: ‘Hay que proteger a Silvina’. Cuando digo algo así todo el mundo se ríe, me dicen: ‘No sos tan fuerte’. Y eso es un drama para mí. No creo que exista nadie tan fuerte. Tan fuerte para vivir totalmente solo. A nadie le gusta, créeme. Tienen que ser dos, ser uno es un clavo. Mirá, dos personas son un mundo y una persona es la mitad de sí mismo. Todas las matemáticas se estrellan contra esta realidad. Y cuando en tu vida interviene el éxito todo se complica, porque el éxito molesta. Los que te quieren dicen: ‘Si tenés éxito no te quejes’, piensan que con eso ya tenés mucho. Los que no te quieren dicen: ‘Que se embrome, ya tiene éxito’. No se imaginan”, le comentó a una revista (1).

Su relación con Pavlovsky le inspiró su próxima novela, *Un momento muy largo*, donde describe las vicisitudes de Bárbara, una joven intérprete

de idiomas que inicia una larga decadencia a partir de su relación con un hombre casado. Al terminar de escribirla, según contaba, tuvo un tímido intento de suicidio.

Pese a que la relación con el médico se mantenía en secreto, mucha gente estaba al tanto. A tal punto que un conocido librero recuerda que un día entró una señora a su librería y le dijo: “¿Me da el libro ese sobre Pavlovsky que acaba de salir?”.

Por esa novela obtuvo el Premio Municipal, que además de los honores significa una pensión de por vida. “Con esa manía de prever el futuro y una posible pensión, me presenté para obtenerlo. Cuando hago las cosas legalmente nunca me equivoco”, dijo. Años después, cuando ya había ganado mucho dinero con sus libros, intentó obtener también el Premio Nacional, que le hubiera significado otra pensión. Fue con su novela *Los pasajeros del jardín*, y seguramente además del dinero le interesaba algún tipo de reconocimiento. Pero debió conformarse con el segundo premio.

Un momento muy largo fue llevada al cine, con la actuación de Elsa Daniel y el italiano Venantino Venantini. El director debía ser su amigo Román Viñoly Barreto, con quien había trabajado en la adaptación, pero finalmente se impuso un director extranjero, Piero Vivarelli.

En esa época trabajó también en la adaptación de *Hijas de la alegría*, el *best-seller* de Guy Des Cars que bajo el título *Bajo un mismo rostro* filmó Daniel Tinayre, con las actuaciones de Mirtha y Silvia Legrand. “Era muy difícil de hacer y yo no tenía el menor oficio en la materia, pero soy tan trabajadora que nunca rechazo un trabajo. Cada tantos días, Tinayre llegaba a casa, leía mi adaptación y sin el menor miramiento ni pedir disculpas rompía todas las páginas o gran parte de ellas y las echaba al canasto. Yo volvía a empezar aterrorizada. Era como la tapicería de Penélope. Al fin le gustaba algo y así terminamos al cabo de un largo esfuerzo por tener un monumental libreto para una película que debía durar unas cinco horas. Como eso no era posible, Tinayre fue cortando hasta lograr una película de unas tres horas y media. Una vez filmada, hubo que volver a cortar; de ahí las fallas de ese libro, que pudo ser muy atractivo.”

Hijas de la alegría es la historia de una monja y una prostituta, hermanas mellizas. “Lo más grave como adaptadora era la terquedad de

Tinayre al querer que la prostituta, que debía ser personificada por Mirtha, pareciera una niña bien del siglo pasado y no me permitía que cuando se acercaba al bar a levantar programas pidiera un whisky: era su mujer. `Pero Daniel- le decía yo-. ¿No te das cuenta de que ha de ser más fácil prostituirse en un estado de semi ebriedad, y es mucho más perdonable que en plena posesión de sus facultades?´ Nada lo convenció, mi prostituta pedía jugo de tomate o de naranja.”

El film fue seleccionado para representar a la Argentina en el Festival de Berlín, donde al terminar la proyección recibió una silbatina. “Mirtha Legrand se portó como una reina. Se adelantó hacia el público y dijo: `Señores, la señora Silvina Bullrich sólo es responsable de la adaptación, no del libro ni de la dirección, ni de nuestra actuación. Me parece injusto que la reciban de esa manera´.” Pero de todas maneras los silbaron a todos. “Mirtha estaba desesperada. Tinayre lo tomaba `con soda´, como yo. No diré que nos gustó ni que nos dejó indiferentes, nos fastidió bastante y nos hizo reír un poco.”

Más allá de los desplantes, su carrera de éxitos recién comenzaba.

NOTA

1.- Revista *Gente*, 1973.

La novela social

En 1962, Marta Lynch irrumpió en la literatura argentina con su novela *La alfombra roja*. Allí describe las vicisitudes de un político inescrupuloso que llega al poder, basándose en sus experiencias junto al presidente Arturo Frondizi (1). Beatriz Guido, por su parte, integró los temas políticos y sociales a su literatura a partir de *Fin de fiesta*. Luego publicó *El incendio y las vísperas*, donde relata las vicisitudes de una familia conservadora durante la primera presidencia de Juan Domingo Perón.

Silvina retomó con fuerza los temas sociales que ya había esbozado en algunas de sus primeras obras, como *Calles de Buenos Aires* y *La redoma del primer ángel*. Aconsejada por su apoderado, el contador Oscar Cacici (con quien mantuvo una larga relación y llegó a convivir durante un tiempo), publicó la saga compuesta por *Los burgueses*, *Los salvadores de la patria* y *La creciente*.

Los burgueses, publicado en 1964, significó un gran cambio en su literatura. El narrador (o narradora, en ningún momento se especifica su sexo) concurre a un almuerzo en la estancia familiar donde se festejan los noventa años de su abuelo. Sofisticado y culto, con algo de bohemio y amante de las artes, el abuelo fue vendiendo campos uno a uno, pero aún mantiene una fortuna que logra desesperar a sus herederos, decadentes reflejos de su clase. Es en estas nuevas generaciones, a las que muestra superficiales, chatas, esquemáticas y ordinarias, donde Silvina intenta reflejar la decadencia de un proyecto nacional. En los diálogos aparecen términos como acciones, bolsa y ministerios, que a partir de allí serían una constante.

Entretenida, ingeniosa y nada complaciente, es su mejor obra y aquella que terminó de cimentar su fama. Además de resultar finalista en el Premio Rómulo Gallegos (que finalmente obtuvo Mario Vargas Llosa con *La ciudad y los perros*), fue uno de los éxitos de venta más grandes de la literatura argentina y convirtió a su autora en el personaje que ya se venía perfilando: irónico, inteligente, mundano, distinguido e implacable

con su propia clase social. Cuando le preguntaban cuál de sus libros le gustaba más, invariablemente lo citaba.

“Yo situé a mis burgueses en un ambiente que no tenía nada de burgués. Sólo quería demostrar que esa aristocracia del dinero era en realidad una burguesía, porque estaba patéticamente aferrada al dinero, obsesionada por la herencia, obsesión argentina si la hay, que no ha cambiado en nada con los avatares de nuestra moneda. Porque en la Argentina la herencia es obligatoria, y todo hijo y todo nieto sabe que sólo puede ser desheredado del quinto o de sumas depositadas en cuentas numeradas en Suiza, cosa que no era corriente entre la aristocrática oligarquía, o como quiera llamársele, de hace un cuarto de siglo. Las familias seguían conservando sus estancias y sus propiedades, y si vendían un pedazo de campo o una casa era para comérsela. En verdad, se la comían alegremente, como ya habían hecho sus padres con gran parte de su fortuna. Cuando nuestra moneda valía en el mundo, hubiera sido una lástima no salir a disfrutar a Europa. Traían en cambio obras de arte, diseñadores de parques, pintores para sus cielos rasos soñando con la Capilla Sixtina. Las generaciones que vinimos después no supimos conservar nada. Era tan preanunciada la pendiente por la que se deslizaba el país, que ya nos parecía milagroso, y lo era, haber podido disfrutar de la vida y de los viajes como lo hicimos. El fruto del trabajo lo esfuma la ininterrumpida devaluación. Los hijos de los ancianos de *Los burgueses* han recorrido el mundo entero y han vivido en grandes hoteles durante largas temporadas, tienen amigos extranjeros, no han pasado como turistas por las calles de París ni de Londres. Los nietos ya son turistas cuando pueden, que no es muy a menudo. Los objetos útiles, desde el automóvil, el lavarropas o el horno a microondas, son por lo general lo más que pueden permitirse, y además les parecen indispensables. A nosotros también; nadie se imagina sin una heladera con *freezer*, pero de este tipo de civilización no queda nada. En mi novela, que es como una pared pintada sobre un fresco inamovible, donde rigen las leyes clásicas de unidad de tiempo, de lugar y de acción, los hijos del matrimonio Barros, es decir la gente de mi generación, es la que compone el grueso de los burgueses. Los ancianos no lo eran, los más jóvenes están estupefactos, se conocen mal a sí mismos y todavía no comprenden que van a heredar migajas, si es que las heredan. Pero el tema central es en verdad la herencia y la declinación de una clase social que fue injustamente desposeída. Vienen compradores de todas partes del mundo a ver si queda algún buen cuadro olvidado, y los japoneses

hurgan en los desvanes a golpes de avisos en los diarios para conseguir esas lámparas que desechábamos como `una cachería'. Los burgueses están redimidos por algunos fragmentarios recuerdos del fasto del abuelo, por el personaje narrador cuyo sexo nunca se especifica, por una mujer que, pese a su natural codicia, aún quiere sobre todo correr hacia el amor", comentó en el prólogo de *Mis novelas escogidas*.

En 1965, un año antes de que el gobierno constitucional de Arturo Illia (2) fuera depuesto por un golpe militar, publicó *Los salvadores de la patria*, una novela más lineal aunque también exitosa, donde el tema es la decadencia de la clase política.

Un ministro va a ser interpelado en la Cámara de Diputados, y dos de sus miembros, pertenecientes al partido opositor, planean su caída junto a la de todo el gabinete. Para lograrlo no dudan en utilizar aspectos de su vida familiar, sin tener en cuenta que en la defensa del ministro también aparecerán aspectos oscuros de la familia de uno de ellos. El más joven (y el único que no es rozado por estas historias) termina renunciando, harto de la banalidad, el espíritu acomodaticio, los arreglos bajo cuerda y los falsos privilegios. *Los salvadores de la patria* describe las miserias de la clase política, los grandes discursos inconducentes, la estructura de un Poder Legislativo ocupado en repartirse prebendas y favores mientras el pueblo vive cada vez peor.

En *La creciente*, un río metafórico arrasa con una también metafórica ciudad y sus miserias. "Se trataba de una ciudad sudamericana y quizá por eso su río era diferente del de las ciudades europeas. Todo lo sudamericano es diferente de lo europeo, cosa que entristece y humilla a los habitantes de ese continente y hasta los lleva a negar la realidad. Sus paisajes, sus hombres, sus elementos, sus acontecimientos políticos, sus ríos son diferentes." Aunque no llegó a tener el tremendo éxito de *Los burgueses*, y ni siquiera el de *Los salvadores de la patria*, alcanzó bastante difusión. "Es un libro totalmente revolucionario y nadie lo comprendió. Era un simbolismo total de las revoluciones sudamericanas y no lo han comprendido o tardaron en comprenderlo", se quejó Silvina (3).

Arturo Jauretche, otro gran *best-seller* de la época, dedicó varios de sus escritos a Beatriz Guido y Silvina Bullrich.

Beatriz le irritaba especialmente, ya que la consideraba un típico exponente de ese “medio pelo” antiperonista al que tanto cuestionó. Con respecto a Silvina, la describió como parte de nuestra *intelligentzia*, cuyo origen se remonta “al esquema inicial de civilización y barbarie”. En su libro *Prosa de hacha y tiza* le dedica un capítulo que titula *Una variante de la tilinguería*.

Allí comenta un artículo que Silvina había escrito en la revista *Claudia*, en la cual decía que las mujeres argentinas buscan el amor para huir del aburrimiento. “El amor es el único antídoto contra ese vacío, contra ese hastío inconmensurable que no he hallado en mujer alguna de ningún otro país. En general, los argentinos se consideran desterrados (me refiero a los porteños y especialmente a las porteñas de las capas elevadas de la sociedad); quizá haya en nosotros nostalgia de la tierra de nuestros abuelos; quizás nuestro ser puje por recobrar las raíces europeas, hace apenas un siglo que arrancadas de cuajo. La angustia del destierro asoma en cada frase: se envidia al que pudo regresar al terruño, a la lejana patria espiritual. Ésta es la oficina; Europa es el hogar y se sueña con regresar a él”, había escrito Silvina, y Jauretche comentó: “Ya saben, chicas: cada vez que sientan deseos de hacer un viaje a la patria ancestral, de salir de este país que es la ‘oficina’ para ir a Europa, que es el ‘hogar’, confórmense con resignarse a cerrar los brazos sobre otro ser humano. Si es del otro sexo, mejor”.

Después de la publicación de *Prosa de hacha y tiza*, Jauretche y Silvina se encontraron en casa de amigos comunes. Ella le reprochó amistosamente su comentario y le regaló un ejemplar de su libro *La creciente* con esta dedicatoria: “A Arturo Jauretche, mi difamador, con la esperanza que le demuestre mi verdad argentina”.

Él escribió entonces otro artículo, donde dijo que *La creciente* “busca la verdad argentina, pero la busca desde los prejuicios de la *intelligentzia*. La que se derrumba es la ciudad ajena, y se derrumba precisamente porque la creciente expresa la realidad, el país real que surge con su propio rostro, que es el rostro argentino tal como lo había concebido la *intelligentzia*. Ahora tenemos una inteligencia auténtica, que no está consagrada, pero que está en el camino real de la verdad argentina. Tal vez, si se afana en su búsqueda, Silvina encontrará su huella. Pero tiene que librarse de la *intelligentzia*, y eso es difícil”.

“Silvina es tenaz y seguidora. La esperamos”, dice al final de su artículo. Evidentemente, su discurso no le caía tan mal.

A los dieciocho años, Arturo Jauretche había sido secretario del Partido Conservador. Luego renunció, apoyó al radicalismo yrigoyenista, y fundó el grupo FORJA (Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina), junto a Homero Manzi. En 1943, también junto a Manzi, se entrevistó con Juan Domingo Perón. “Decidimos apoyarlo y se inició una política que yo llamé `radicalizar la revolución y revolucionar el radicalismo’, declaró más adelante. A partir de la revolución de 1955, cuando Perón fue derrocado, lo apoyó decididamente.

Su rechazo se dirigía más que nada a los sectores “gorilas”, es decir, el antiperonismo liberal que representaba Beatriz Guido. Los sectores conservadores, en cambio, fueron en muchos casos –como el de Arturo Palenque Carreras- profundamente nacionalistas. Otro amor de Silvina, el historiador José María Rosa, también pertenecía a una familia conservadora, adhirió al revisionismo histórico, y posteriormente apoyó a Perón.

NOTAS

- 1.- Arturo Frondizi fue presidente de la Nación desde 1958 hasta 1962, cuando fue depuesto.
- 2.- Un año después del derrocamiento de Frondizi, se convocó a nuevas elecciones y fue elegido el radical Arturo Illia. Gobernó hasta 1966, cuando fue derrocado por la Revolución Argentina, que llevó al poder al general Juan Carlos Onganía.
- 3.- Revista *Gente*, 1973.

El trío más mentado

Más allá de sus diferencias, Marta Lynch, Beatriz Guido y Silvina Bullrich se potenciaron mutuamente. Fueron las tres escritoras emblemáticas de un momento en que la mujer comenzó a tener protagonismo fuera del ámbito intimista o familiar.

Evidentemente la época ayudaba. Revistas como *Primera Plana* y *Confirmado* publicaban fotos de escritores en sus portadas, y las novedades editoriales eran tema de discusión. Ernesto Schoo, que dirigía la sección cultural de *Primera Plana*, recordó que “cuando Borges se casó por primera vez, la revista montó un gran operativo, fue como un despliegue norteamericano”.

“El público empezó a conocer las caras de Leopoldo Marechal y Manuel Mujica Láinez. Hubo un mayor acceso a la literatura argentina y se produjo una especie de *mini-boom*. Publicar escritores argentinos era un buen negocio”, dice el crítico Antonio Requeni.

“Era una época en que la literatura interesaba. Había reuniones literarias, todos nos conocíamos. Y el que no conocía a toda esa gente, lo que quería era conocerla”, agregó Victoria Pueyrredón.

“Las presentaciones de libros eran un acontecimiento social. Los escritores iban a las presentaciones de sus colegas, y unos con otros se ayudaban a vender. Hoy, en cambio, no van. En una presentación de Silvina, por ejemplo, estaban *Manucho*, Marta... A lo mejor tenían pica entre ellos, pero también se acompañaban. Había pocas editoriales y todas éramos amigas, todo era más chico, más personal, no había multinacionales. Muchos escritores vendían, la literatura argentina tenía un buen espacio dentro de la sociedad y de Latinoamérica. Uno iba a cualquier casa y siempre había una biblioteca. Dentro de cierto ambiente, seguro que mucha gente había leído el último libro de Silvina, de Marta o de Beatriz. Hoy sale algún libro de un autor nuevo y la gente ni se entera”, reflexiona Gloria Rodríguez.

“Lo que tiene de bueno ese período es que había interés en los escritores argentinos –agregó Eduardo Gudiño Kieffer-. Todo empezó a partir del *boom* latinoamericano, porque antes ni siquiera había un interés masivo hacia Borges o Sabato. A mí me vino muy bien porque entré en la cola, tanto es así que por un tiempo pensé que iba a poder vivir tranquilamente de la literatura. De cada libro de alguno de nosotros se vendían por lo menos quince ediciones. También nos invitaban más a la televisión: durante los nueve primeros años de Mirtha Legrand me invitaron todos los años, y a veces hasta dos veces por año. Y para hablar de libros, no de fútbol o política.”

Sin embargo, el poeta Horacio Salas introduce este comentario: “La clase media argentina pensaba que si leía los libros de ciertos autores, iba a escuchar a Julián Marías y leía el suplemento cultural del diario *La Nación*, tenía el barniz suficiente para ser culta. De ahí el éxito de libros como *Los burgueses*, de Silvina Bullrich. Con esa pátina de lectura ya tenían tema para hablar en los té canasta”.

El trío más mentado era en general bien tratado por la prensa, aunque Silvina era mirada con cierto humor irónico, más por su manera de ser que por lo que escribía. La que se tomaba más en serio era Beatriz.

Un factor común a las tres fue su gran capacidad mediática y su afán de publicitarse. “Tenían mucha prensa, se movían muy bien con los diarios y las revistas –continúa Gloria Rodríguez-. Silvina era una autora que llamaba dos o tres veces por semana a la editorial, participaba mucho de la salida de sus libros. Quería que estuvieran en todas las librerías, y si no los encontraba en alguna, armaba un escándalo. Era bastante temperamental y se enojaba con facilidad. Llamaba por teléfono a las dos de la tarde, y como a esa hora nos habíamos ido a almorzar, se ponía furiosa y empezaba a gritar: ‘¡En esa editorial no trabaja nadie! ¿Cómo puede ser? ¡Llamo y nunca hay nadie!’. Nosotros le contestábamos: ‘Silvina, lo que pasa es que nosotros estamos desde las ocho de la mañana, vos recién te levantás’. Era una cara conocida y los lectores le escribían cartas, le hacían comentarios. Silvina Bullrich y Marta Lynch coincidieron en Sudamericana, publicaron las dos al mismo tiempo. Silvina era más comercial, más vendedora, entonces había una puja entre ellas por ocupar los primeros puestos. Marta también se ocupaba del seguimiento de sus libros, aunque no se preocupaba tanto de la parte

económica porque no necesitaba mantenerse sola. Silvina, en cambio, siempre se preocupó muchísimo por la plata.”

“Cuando salió mi primer libro, Silvina, Marta y Beatriz eran la tres gracias de la literatura argentina –dijo Eduardo Gudiño Kieffer-. Esas tres mujeres son anteriores al *boom* latinoamericano y no tienen nada que ver con él porque ninguna fue innovadora, como lo fue realmente Julio Cortázar. Las tres eran peleadoras y creadoras de chismes, y eso provocó que se les diera mucho espacio y se dejara de dar importancia a autoras como María Angélica Bosco, Syria Poletti, Luisa Mercedes Levinson, y un montón de mujeres de esa generación que también eran importantes, aunque no hacían esos líos. Silvina nos solía decir: ‘Vos, Angélica, vos Syria, vos, Gudiño, ¡son pobres!’. Eran autoras del momento, de la ocasión, de la oportunidad. Ninguna vaciló en tocar temas políticos, lo cual en ese tiempo no era especialmente valiente, ya que no eran aún tiempos de tiranías.”

“Estas tres mujeres eran ideales para la televisión. Silvina era una linda señora burguesa que abría la boca y parecía un carrero. Era realmente muy llamativo para una parte del público, que creía que una mujer de apellido Bullrich debía hablar con voz finita y vocabulario relamido. Para la televisión era más importante su presencia como personajes que lo que escribían”, opina el escritor Edgardo Cozarinsky.

La relación entre ellas no era fácil. “Se peleaban horrible, no se sabía si eran amigas o enemigas. Supongo que las separaban los celos propios de colegas, pero las unía el interés común por las letras que las tres tenían”, dijo María Angélica Bosco.

“Aunque Silvina era la más famosa, estaban en constante competencia”, agregó Marta Díaz, la directora de la Feria del Libro. Sin embargo, allí también hacían sus trampas. Eduardo Gudiño Kieffer recordó un consejo que le dio a Silvina mientras firmaba ejemplares de sus libros: “Poné muchas cosas en las dedicatorias, porque así la cola se hace más larga”.

“Consejo de Silvina Bullrich”, agregó Gudiño.

Volver a las fuentes

En 1966, la llamada Revolución Argentina volvió a interrumpir el sistema democrático, y la fiesta cultural de los sesenta comenzó a declinar. Silvina retomó entonces la literatura intimista con un nuevo éxito fulminante: *Mañana digo basta*. Así empezó su serie sobre Punta del Este, que continuaría con *Mal don* (donde volvió a incursionar en los temas políticos, aunque desde otra perspectiva), y *Los despiadados*.

Punta del Este fue un lugar especial en su vida. Había comprado un departamento en la parada ocho, que más adelante cambió por una casa en Pinares a la que llamó *La Creciente*. Un verano, *La Creciente* fue asaltada y decidió venderla. Adquirió *La Bartola*, su casa definitiva, a medias con el contador Oscar Cacici, con quien tenía una relación “más sentimental, más duradera y más profunda” que con otros amigos, y a quien estaba unida “por lazos sutiles e invisibles, separados por diferencias de caracteres, pero fieles a nuestro afecto”. Sin embargo, nunca lo presentó como su pareja.

En *La Bartola* (“los ex propietarios decían que la había llamado así porque iban a ‘tirarse a la bartola’; tiene gracia, pero yo no me tiro a la bartola”), se instalaba todos los veranos, desde noviembre hasta fines de marzo. Rodeada de pinos, jazmines del país y laureles florecidos, escribía en su vieja máquina portátil, cocinaba y recibía a muchísimos periodistas. También iba al cine, comía con amigos y frecuentaba las playas próximas al edificio Vanguardia y el club La Terraza, del que era socia.

También frecuentaba *La Azotea*, la mansión de Eduardo Víctor Haedo, ex presidente del Uruguay, “un hombre afectuoso y campechano que hizo de su casa un lugar al que los amigos podían caer todos los días a la hora de almorzar”, y donde se reunía infinidad de gente: “Todas las personas de cierta importancia que transitaban por Punta del Este fueron una o muchas veces a *La Azotea*, aun los que estaban en desacuerdo políticamente con él. Él era blanco e iban muchos colorados. Él tenía visos peronistas y fue toda la oposición. Aceptaba las ideas de cada uno y no intentaba imponer las suyas”. Beatriz Haedo de Llambí, hija del dueño de

la casa, recuerda las habituales peleas entre su padre y Silvina, que frecuentemente abandonaba la casa a los gritos jurando no volver nunca más. “Sin embargo la adorábamos, era una persona extraordinaria”, dice.

Repartía el resto del año entre sus frecuentes viajes y su departamento en el edificio Versalles, de Callao y avenida Alvear, al que había decidido mudarse después de haber sufrido un nuevo asalto en el de la calle Sinclair. En ese robo, que fue a mano armada y, según presumió, había sido organizado por su mucama y “un inspector de policía que era su amante”, debió entregar las joyas que guardaba en la caja de seguridad. Después de esa experiencia, el departamento de Sinclair, que había sido “mi hogar, mi cueva, el lugar donde Marcelo fue feliz, agonizó y murió”, comenzó a atemorizarla y se mudó entonces al edificio Versalles, que tenía servicio de mucama y vigilancia. Más adelante se mudaría a un piso más amplio en la calle Coronel Díaz al 2000, donde también vivió muchos años, hasta que decidió volver definitivamente al Versalles.

La narradora de *Mañana digo basta*, una burguesa de mediana edad, pintora, viuda y madre de tres hijas adultas, decide un verano abandonar su rutina esteña para instalarse en La Paloma, un pequeño balneario de la costa uruguaya. ¿Qué busca? Paz, soledad, descanso de los *cocktails*, los vestidos de firma y la vida mundana. Allí se relaciona con personajes ajenos a su ambiente, y aunque es constantemente invadida por sus amigos y familiares, la experiencia le resulta gratificante.

Por medio de un diario íntimo va recordando los distintos hitos de su vida (su marido marino muerto en un naufragio, la pérdida de un amor posterior) y analiza despiadadamente la burguesía argentina, en este caso a través de los matrimonios y las amistades de sus hijas. Finalmente, cuando decide instalarse para siempre en La Paloma, su vida anterior vuelve a reclamarla: la invitan a la Bienal de Venecia y luego a Atenas para preparar los afiches del Teatro del Pireo. “¿Y bueno, qué hay si en vez de ser hoy es mañana? –se pregunta en el último párrafo-. Pero seguro, seguro como que hay Dios: ¡mañana digo Basta!”

“El verano que salió, apareció una nota grande en la revista *Gente* y un mes se vendieron cuarenta mil ejemplares”, recuerda Gloria Rodríguez.

Después de ese libro decidió cambiar de editorial: dejó Sudamericana por Emecé: “Dejó la editorial por un problema de dinero. Pidió un anticipo, le ofrecimos una cantidad, pero Emecé le dio más. Seguimos

teniendo relación porque la mitad de sus libros estaban acá. Después hizo otro libro con nosotros, *Los monstruos sagrados*, y siempre siguió un relación de amistad”, continúa Rodrigué.

En *Los monstruos sagrados* tocó un tema que conocía en carne propia: las vicisitudes de los escritores de éxito, esas “personas que eligieron en los principios de su vida una carrera de soledad y meditación; pero las evoluciones que transformaron al mundo en una sociedad de consumo también hicieron de ellas ese objeto de consumo que es el vedetismo, zarandeado por todos los medios de publicidad, casi sin disponer de tiempo para su vida privada e incluso dejándose robar el tiempo que deben dedicar a escribir su obra”.

Durante esos años publicó también en otros sellos, como Santiago Rueda y Merlín, un ensayo sobre literatura titulado *Carta a un joven cuentista*, un libro de recuerdos de sus múltiples viajes, *El mundo que yo ví*, y una serie de estudios sobre Albert Camus, Jean Paul Sartre, Simone de Beauvoir, George Sand, Tennessee Williams y Pablo Picasso, entre otros, titulada *La aventura interior*, que años más tarde reeditaría Emecé.

Al comenzar a publicar en esta última editorial conoció a Jorge Naveiro, quien fue director de Emecé durante treinta y dos años. “Era muy exigente en cuanto a la presentación de los libros, las portadas y la publicidad que se hiciera. Seguía todas las instancias de publicación paso a paso. Los primeros títulos que le publicamos fueron *Carta abierta a los hijos*, *Entre mis veinte y treinta años* y finalmente *Los pasajeros del jardín*, un gran éxito”, cuenta Naveiro.

Con esa novela ganó el segundo Premio Nacional de Literatura. Adolfo Bioy Casares recuerda una anécdota de esa época en sus diarios íntimos: “Yo había sacado el Premio Nacional de Literatura. En el quiosco de revistas, a la entrada del Hotel Alvear, me encontré con Silvina Bullrich. `Vos ganaste el premio porque yo no me presenté; no me presenté para que te premiaran a vos. Ahora te van a proponer que formes parte del jurado. Aceptá, yo me presento y vos me premiás’”. Cuando Silvina se fue, el diariero le comentó: “Qué amiga se mandó, Bioy”.

Los pasajeros del jardín describe su relación con Marcelo Dupont y su posterior enfermedad. “Aunque habían pasado muchos años desde la muerte de Marcelo, el hecho de revivirla me hizo mucho daño. La escribía

llorando. Sé que muchos la leen llorando. A poco de terminarla tuve una úlcera en el duodeno”, recordó.

Fue llevada al cine con dirección de Alejandro Doria y las actuaciones de Rodolfo Ranni y Graciela Borges. A pesar de su tremendo éxito editorial, sólo tres de sus novelas fueron filmadas: *Bodas de cristal*, *Un momento muy largo* y *Los pasajeros del jardín*. Los resultados en ningún caso fueron demasiado recordables.

“Durante la filmación no iba nunca, aunque a veces hablaba conmigo o con el director – recuerda Graciela Borges- . Siempre renegaba de ciertas cosas. Por ejemplo, nosotros encontrábamos que Ranni estaba esplendido, pero ella quería que fuera más flaco para que se pareciera a Dupont. El gordo Ranni nunca va a ser muy flaquito, pero Silvina aborrecía que siguiera comiendo durante la filmación. Creo que en el fondo de su corazón quedó contenta, le gustó mucho la película. Hicimos un viaje a las Cataratas del Iguazú y como era una escritora muy famosa, se la pasaba exigiendo cosas. Pedía autos, por ejemplo, y si no le hacían caso decía: ` ¡Es un auto para Graciela Borges!´. Yo me la bancaba, contradecirla era empezar la guerra. Como personalidad era muy conflictiva. Ella me quería y yo la quería, pero no era muy fácil saber hasta qué punto uno se podía dar y ella se podía entregar.”

A esa altura, Silvina ya se movía como una reina. La escritora Estela Canto contaba que una vez que le propuso que salieran juntas a almorzar, le dijo: “Te conviene que te vean conmigo”.

En una oportunidad, llegó tarde a una reunión y se justificó diciendo que la habían retenido unos admiradores que querían formar un comité para que le dieran el Premio Nobel de Literatura. Manuel Mujica Láinez, fiel a su estilo, le contestó: “¡Silvia (no la llamaba Silvina), por favor, no los dejes!” (1).

“Era muy franca, decía lo que fuera, de quien fuera y como fuera. Con quien era amiga, era buena amiga. Pero a quienes no quería, no los quería directamente. Discutía mucho y trataba de imponer sus ideas. Una vez estábamos comiendo en Punta del Este, en un restaurante de Gorlero. Empezó a hablar mal de una persona y yo salté. Un amigo que estaba ahí me dijo que era la primera vez que alguien hacía callar a Silvina”, dijo Victoria Pueyrredón.

“Conmigo fue particularmente mala. No lo digo por cuentos, lo digo porque lo comprobé yo mismo –continuó Gudiño Kieffer-. Una vez fui a la redacción de un diario a hablar con un periodista. Lo encontré hablando por teléfono, y sin decirme nada, me alcanzó el tubo para que escuchara. Era la voz de Silvina que estaba diciendo: ‘¿Por qué lo tienen ahí a Gudiño si es un tipo caído, que está en la lona?’. En general era grosera, decía cosas directamente chocantes. Sin embargo la gente la quería, o por lo menos la admiraba, o temía. El apellido Bullrich imponía mucho. A cierta clase media, al ‘quiero pero no puedo’, le fascinaba. Era una señora de la aristocracia que escribía libros que entendían todos, entonces la querían”.

Diego Baracchini agrega: “Decía las cosas de frente. Siempre hacía comentarios que incomodaban, pero era muy simpática y seductora también. Y terriblemente contestataria”.

“Tenía mejor relación con los hombres que con las mujeres. Era coqueta, femenina, se preocupaba por estar bien, por vestirse bien, por agradar. Después, con el tiempo, en algunos casos se volvió más agresiva – comenta Gloria Rodríguez-. Recuerdo que una vez yo estaba en la playa, en Punta del Este, con unos amigos. Comenté que esa noche iba a comer con Silvina Bullrich y uno de ellos me dijo: ‘¡Con lo que me gusta leerla, cómo me gustaría conocerla!’. Entonces lo invité. Fuimos a tomar algo a su casa y después a comer afuera. Bastó con que este señor le dijera que le encantaban sus libros, para que Silvina se pasara toda la noche diciéndole cosas horribles. A mi amigo se le cayó el ídolo al suelo y nunca más me pidió que le presentara a ninguna otra autora. Cuando alguien la picaneaba para Silvina era mejor, en cambio, cuando la tratabas bien, era como que te pisaba. Si uno se hacía respetar por ella todo andaba fenómeno, si no, te avasallaba. Creo que era una cuestión de autodefensa, era una mujer que se hizo sola y logró lo que quiso por fuerza propia. En ese momento, dentro del grupo social donde había nacido, largarse a escribir no era fácil. Era muy peleadora y había gente que no la podía ni ver.”

“Era despiadada, hasta con seres miserables. Por ejemplo, una vez me dijo: ‘Los chicos esos que dicen que se mueren de hambre no se mueren de hambre. Si tienen la panza enorme’. ‘Tienen la panza enorme de hambre y de parásitos’, le contesté. Era un ser para huir, no para quedarse”, opina Elvira Orphée.

Como todas las personas con enfermedades pulmonares, tenía una voz muy grave, masculina, de tono bajo. “Una vez me llamó por teléfono, se puso a discutir de mal modo y le corté. El teléfono volvió a sonar y cuando escuché su voz, le grité: ` ¡Otra vez, Silvina! ¿Por qué no te dejás de molestar?´. Y entonces escuché que me decían: `No soy Silvina´. Era un hombre. Confundí la voz de Silvina con la voz de un hombre”, recordó María Angélica Bosco.

NOTA

1. – Oscar Hermes Villordo, *Manucho*.

No soy marxista

“Considero que hace rato que debí haber sacado el Premio Nacional de Literatura. Incluye una jubilación y me parecería estupendo tenerla. Lógico, estamos entrando en regímenes cada vez más socializados, cosa que a mí no me preocupa porque no soy capitalista. Por eso quiero tener la protección que debe tener toda persona socializada. Es decir, al llegar a una altura de la vida tienen jubilaciones, ¿no es verdad?”, declaró a la revista *Gente* en 1973, cuando el gobierno militar llegó a su fin y accedió al poder la izquierda peronista, con el efímero gobierno de Héctor J. Cámpora.

Ese mismo año publicó *Mal Don*, su segundo libro sobre Punta del Este. No alcanzó el éxito de *Mañana digo basta*, pero sí le ocasionó un gran dolor de cabeza, producto de su afán por incursionar en temas que no llegaba a comprender.

“Con *Mal Don* hubo un tremendo malentendido. Yo quería probar que en países de aluvión como los nuestros los resentimientos sociales no tienen por qué existir, pues el esfuerzo, el trabajo, la pertinacia permiten llegar muy lejos a cualquier persona humilde. Mi personaje era el nieto de una casera, el hijo del jardinero que alimentaba una mezcla de admiración y odio por los veraneantes que podían dejar en sus casas sábanas, mantas, vajillas, infinidad de objetos y utensilios que ellos debían comprar con sacrificio, y en cambio podían quedar sin que nadie los usara durante nueve meses en los chalets de los ricos que pasaban allí sus vacaciones. Cuando la vida le da a él la oportunidad de casarse con la hija de un banquero, es rico, feliz, tiene hijos encantadores, lo secuestran y lo matan. Es la serpiente que se muerde la cola. Sus antiguos compinches no le perdonaban lo que ellos llamaban traición a su clase y sus tácitos deberes con la subversión. Es un libro netamente antisubversivo, pero el Uruguay no lo consideró así. En verdad, sin advertirlo estaba apoyando la rebeldía de los tupamaros”, comentó.

El verano siguiente a la publicación del libro tuvo miedo de viajar a Punta del Este, ya que según contó, “los tupamaros me dijeron: `Vaya no

más, no le va a pasar nada'. No me pasó nada hasta que di un gran *cocktail* con un final de choripanes y vino tinto en el fondo del jardín. Al irse, cada invitado encontró un desastre en su coche. Uno tenía las cuatro gomas pinchadas, el otro, destrozados los limpiaparabrisas, el otro, su antena rota. En un resumen, yo podía ir pero no podía hacer gala de veraneante frívola y acaso adinerada. Ya comenzaba a perfilarse en mí la denuncia social y el alejamiento, lógico al transcurrir los años, de los problemas sentimentales”.

La novela fue condenada en varios medios y Silvina se defendió a través de un reportaje. “Quise demostrar un problema muy importante en Sudamérica: que las clases sociales no existen. Que se hacen inmediatamente y se deshacen inmediatamente”, dijo.

-¿Entre la izquierda y la derecha, dónde se ubicaría? – le preguntó el periodista.

- Mirá, yo siempre fui rebelde, cuando era joven era muy rebelde, incluso mis libros son rebeldes. Me divorcié y me volví a casar cuando la gente estaba en contra. No soy una persona que vaya a misa los domingos ni que haga visitas de pésame ni nada. Mi vida es rebelde. Lo que pasa es que a mí no me quiere ni la derecha ni la izquierda. La derecha porque soy rebelde y la izquierda porque me cree rica; nadie sabe por qué, ¿rarísimo, no? Porque basta agarrar las planillas de réditos para ver que todo lo que tengo son ganancias de trabajo. No sé, el apellido Bullrich en un momento dado les pareció muy oligarca, tampoco comprendo por qué. Es un apellido de gente de trabajo, como casi toda la Argentina. Pero con la derecha total... ¿qué puedo hacer yo con la derecha? No sé porque no soy capitalista. Creo que el mundo entero va hacia el socialismo de Estado, pero llevado con la cabeza, no con los pies, protegiendo además a las generaciones que no podemos hacer lo que no hemos hecho – contestó.

-¿Podría decirse que la derecha la considera resentida y la izquierda reaccionaria burguesa? –insistió su entrevistador.

- Lo de resentida me parece absurdo; es más lógico que me consideren burguesa. Todo nuestro país es burgués, nuestra izquierda es burguesa – replicó.

El periodista la increpó entonces diciéndole que, entre otras cosas, la izquierda le reprochaba su desconocimiento de los términos de discusión, de las más elementales premisas. “Es lógico, no soy marxista”, finalizó (1).

“La política no me interesa ni tengo una ubicación exacta. Poseo un gran sentido de justicia social que la gente de derecha en general no tiene. Me parece absurdo que ciertas mujeres hagan un drama porque se les fue la mucama, y pavadas así. Pero por otro lado, la izquierda actual tomó el camino de una violencia que no conduce a nada”, agregó en otro reportaje (2).

A diferencia de Marta Lynch, a Silvina nunca le interesó actuar en política. La única vez que intentó tener una participación activa se presentó como candidata a diputada por el Partido Demócrata Progresista, con Pedro Eugenio Aramburu como candidato a Presidente y Horacio Theddy como candidato a Vicepresidente. En las elecciones que ganó Héctor J. Cámpora, había votado por el radical Ricardo Balbín.

Sin embargo, durante ese gobierno –y a instancias de José María Rosa, con quien mantuvo una larga relación que comenzó en la década del cuarenta y según su hijo Daniel “tal vez haya sido su gran amor” –aceptó integrar el directorio del Fondo Nacional de las Artes, “porque no se trataba de nada político”.

Autor, entre otros títulos, de *La caída de Rosas*, *La guerra del Paraguay y las Montoneras argentinas*, *El cóndor ciego* y una *Historia Argentina* de ocho tomos, José María Pepe Rosa se exilió en el Paraguay durante el gobierno de la Revolución Libertadora, y en 1973 fue nombrado embajador argentino en ese país por el gobierno peronista. Fue también embajador en Grecia, y sus aventuras con distintas mujeres en la sede de la embajada forman parte del anecdotario del ambiente diplomático. Es probable que haya ayudado a Silvina con el material de una de sus novelas exitistas, *Su excelencia envió el informe*, publicada en 1974, donde describe por dentro las vicisitudes de la vida de un embajador, y a la que calificó como “una especie de travesura, aunque no pude dejar de intercalar preocupaciones sociológicas”.

Al igual que Pepe Rosa, Arturo Palenque Carreras también simpatizó en esa época con el peronismo revolucionario: publicó un libro sobre la realidad política argentina que –según dicen- Perón tenía en su biblioteca, y actuó en el film *La hora de los hornos* de Pino Solanas.

Aunque Silvina se quejó frecuentemente porque a su juicio, en el Fondo Nacional de las Artes no le daban espacio, “podía en cambio impedir que

se hicieran cosas que se habrían hecho sin mí. Por ejemplo, de haber estado un escritor peronista en la Comisión de Letras, habría hecho concursos para escribir odas a Isabel (3) o a Perón, inventar cantos, marchas y otros aspectos de la adulonería oficial. Yo era una roca. Nadie podía pasar sobre mí”, comentó.

Al referirse a su actividad concreta, recordó haber organizado una exposición de manuscritos de valiosas personalidades argentinas: “Cuando no encontré manuscritos originales, teñí con té algunas páginas fotocopiadas de José C. Paz, por ejemplo. También estaban Bartolomé Mitre, Joaquín V. González, Rubén Darío, etcétera. Mi discurso fue fuerte y valiente. Afirmé que sólo el pensamiento y el espíritu de los hombres quedan para la posteridad, y aquéllos que usan el poder para ensalzarse a sí mismos y creen en los bienes transitorios, serán los más transitorios de los hombres. No asistió nadie del gobierno, ni de la Dirección de Cultura, del Ministerio de Educación, nadie, ni el más modesto de los edecanes, pero no me reprendieron, no me pidieron mi renuncia. Eso demostraba que yo era fuerte y hacía bien en quedarme allí. Era una valla de contención”.

Su actuación en el Fondo de las Artes le inspiró una novela posterior, *Reunión de directorio*. Transcurre en La Enjoyada, una isla tropical donde sus habitantes son devorados por la inercia. Nada funciona. Ni los ascensores, ni las heladeras, ni los teléfonos, ni el gobierno, ni la gente. La irresponsabilidad y los delirios de grandeza son constantes en las reuniones de directorio donde Cecilia, la protagonista, escucha planes irrealizables mientras no hay dinero para comprar azúcar o papel higiénico. Mientras tanto, el pueblo vive paradisíacamente en las playas, comiendo langostas y bañándose en el mar.

Renunció a su cargo el 24 de marzo de 1976, con el nuevo golpe militar: “Ya no me necesitaban y yo suspiraba de alivio al recuperar mi libertad. Ignoraba la tendencia de los militares que iban a gobernarnos, pero yo ya tenía los nervios quebrados por haber dicho ‘me opongo’ durante dos años y no haber sido nunca escuchada. Sólo me ocupé de pedir a la Dirección de Cultura que investigaran todo sobre mí y que me dieran una carta en la que constaba que nada me impedía salir del país y volver a entrar. Por supuesto me la dieron y me fui alegremente a Roma, Barcelona y París”.

No todos tuvieron esa suerte. El llamado Proceso de Reorganización Nacional, un gobierno de facto a cargo de una Junta Militar compuesta por Jorge Rafael Videla, Emilio Eduardo Massera y Orlando Ramón Agosti, inició el mayor período de represión de la historia argentina. Algunos escritores fueron secuestrados y asesinados, y muchos otros debieron huir del país. Muchos, también, pudieron quedarse, aunque su mayoría intentaron permanecer en el anonimato.

Silvina, por supuesto, se quedó, y siguió con su vida habitual. En 1976 publicó *Te acordarás de Taormina*, otra novela de neto corte autobiográfico. Una señora mayor, obviamente inspirada en la figura de su madre, le escribe una larga carta a su hija, una escritora famosa, donde hace una especie de balance de sus vidas y su relación. Allí aparecen claramente su padre, su hijo, su primer marido y sus amores posteriores: Marcelo Dupont, el doctor Pavlovsky, José María Rosa y tantos otros. También hay largos párrafos dedicados a la señora de Correa, aquella hermana de su madre que ella nunca olvidó.

“Es una extraña mezcla de novela confesional y de denuncia. La persona que habla en primera persona es una anciana de ochenta y tantos años que se dirige a su hija y la juzga, la desdeña y le reprocha que haya sido mujer como sus hermanas. Me puse en el pellejo de mi madre, comprendí su decepción y también su indignación ante esa mujer que se elevaba por encima de las de su sexo, luchaba, se ganaba la vida, trabajaba, triunfaba, pero era en el fondo para ella, como todas las mujeres, una pobre mujer”, recordó en *Mis novelas escogidas*.

Luego completó la saga de Punta del Este con *Los despiadados*, donde otra vez la protagonista es una mujer de cuarenta años en plena crisis matrimonial y existencial. En este caso, decide recluirse en la casona familiar donde transcurrieron los veraneos de su infancia y encuentra un mundo que creía perdido a través de fotografías y cartas. Ante la sorpresiva irrupción de tres intrusos queda encerrada, y a partir de allí la novela introduce la novedad de ser desarrollada en clave de suspenso.

“No está llamada a ser una joya de la narrativa contemporánea, pero logra entretener más y mejor que *Reunión de directorio*”, dijo la revista *Somos*, una de las que en esa época le daba más espacio.

Durante los años de la dictadura militar también publicó *Escándalo bancario*, donde describe las andanzas de la familia Baricucci y su llegada al poder económico. El deseo compulsivo de figuración social convierte a sus descendientes (a esa altura rebautizados como Bari) en banqueros y estancieros, pero su propia desmesura terminaría hundiéndolos.

“El rito se ha cumplido. Como en los últimos diez años, miles de argentinos partirán hacia sus vacaciones llevando en sus valijas, junto al imprescindible traje de baño, el nuevo *best-seller* de Silvina Bullrich. Que se convertirá (quién lo duda) en el libro del verano”, insistió la revista *Somos*. Debido al éxito, decidió publicar una continuación, que previsiblemente tituló *Después del escándalo*.

“Es un monstruo sagrado y los sabe. Por eso, Silvina Bullrich se permite todo. O casi todo –siguió opinando *Somos*-. Silvina Bullrich es mucho más que una escritora. Es un fenómeno nacional.”

NOTAS

- 1.- Revista *Gente*, 1973.
- 2.- Diario *La Opinión*, 1978.
- 3.- Isabel Martínez fue la tercera esposa de Juan Domingo Perón. Una vez destituido Cámpora fue electa Vicepresidente de la Nación, y al morir Perón lo reemplazó como Presidente.

Vender, vender, vender

“Tal vez toda mi trayectoria desde que tengo mucho éxito sea un error. Después de *Los burgueses*, el público me comenzó a presionar y el error fue aceptar esa presión. Tengo el problema contrario al de los autores que no encuentran editor. Me veo empujada a publicar rápidamente porque me apremian el público y la editorial”, confesó Silvina. A esa altura se había convertido en una industria, y publicaba un libro por año.

En sus memorias, dedica un largo párrafo al aspecto económico en relación a sus libros: “Entre todas las cosas que ignora el lector de los escritores, creo que ninguna le es tan ajena como el problema editorial. No sospecha siquiera el tiempo que lleva escribir un libro, corregirlo, hacerlo copiar, volver a corregirlo antes de que comience la complicada labor de la edición. El editor carga con la impresión, la distribución, la publicidad y le da al autor el diez por ciento del precio de tapa. Al librero el cuarenta por ciento. De ahí que los buenos adelantos sean imprescindibles en países de monedas devaluadas. Hay que corregir pruebas de galera, luego corregir pruebas de páginas; sólo entonces hacerlo imprimir definitivamente. Entretanto hay que elegir el título a menudo espontáneo, otras veces difícil, y la tapa. Yo creo que un título y una tapa pueden hacer de un libro un *best-seller* acaso transitorio, pero sin duda de estos elementos depende la aceptación del lector. Si un libro tiene un lanzamiento flojo, raramente se recobra. Si parte con éxito, tiene dos o tres ediciones agotadas con seguridad, y mucho tiempo ganado”.

Una vez le dijo a Mujica Láinez: “¿Verdad, *Manucho*, que vos y yo somos los dos únicos escritores argentinos que vivimos de nuestros libros?”. Y *Manucho* le contestó: “Yo no, che, serás vos. Yo vivo mucho mejor” (1).

En sus diarios íntimos, Adolfo Bioy Casares cuenta esta anécdota: “En un homenaje a Luis Saslavsky, en el restaurante Edelweiss, Silvina estaba indignada porque no la habían puesto en la mesa principal. Pepe Bianco le dijo:

-No hagas caso. Tratemos de pasarla bien... Por de pronto, estamos en la misma mesa.

-Pero vos no te fijás en nada, che. Están mis dos editores: Emecé y la Sudamericana.

-¿Qué hay con eso?

-No podés entender, porque a vos no te importa la guita. Quiero que me vean en la mesa principal para que se disputen mis memorias y sacarles un montón de guita.”

Exigía *cachets* para otorgar reportajes y participar en mesas redondas y conferencias, algo a lo que los escritores de esa época no estaban demasiado acostumbrados, tal vez por falta de conciencia profesional. “¿Cómo, usted cobra?”, me dijo la directora de un club de mujeres profesionales que me había invitado a dar una conferencia. Le pregunté qué clase de profesionales eran las que formaban su círculo, pues es una palabra que aplicada a la mujer puede prestarse a equívocos, y al advertir que ella me pedía horas de vida y de labor gratis, supuse que ganaba su vida con algún otro trabajo en algún otro horario. Porque yo tengo un solo oficio y debo vivir de él” (2).

También le reprochó a Borges el hecho de que no cobrara sus conferencias, en un momento en que “todos los escritores debían unirse para que no se los explotara y la gente no creyera que la tarea intelectual no debía pagarse”. Borges se disculpó diciéndole que le gustaba hablar, y entonces Silvina le dijo: “Ay, *Georgie*, te comportás como las putas que, cuando se enamoran, trabajan gratis” (3).

Su afán de promoción la llevó a tomar algunas actitudes inéditas. “Silvina era muy audaz para la época. Una vez salió en la revista *Gente* en *jeans*, montada en una motocicleta con Dalmiro Sáenz. También hacía publicidades. Salió en una página entera de una revista parada al lado de un auto, y después confesó que le habían dado el coche por eso. También hizo una publicidad de cremas y fue muy criticada”, agrega Victoria Pueyrredón.

Cuando realizó su primer comercial, un periodista le preguntó si esa actividad no le parecía poco seria. “¿Por qué? Poco serio hubiese sido escribir mal para darle el gusto al público, en contra de mi conciencia. Pero todo lo que uno haga para ganar su vida honorablemente me parece serio. Me ofrecieron pagarme mucho más para hacerlo en televisión y no

quise porque tenía que hablar y actuar. Eso sí me parecía poco serio, pero una foto con un comentario en broma no me parece nada reprochable”, comentó (4).

Su popularidad llegó a ser tan grande, que ya en la época de la presidencia de Cámpora habían llegado a imitarla en televisión, creando un personaje a su medida. Cuando le preguntaron si eso le molestaba, contestó: “No me molestaría que me imitaran si no deformaran mi imagen. Se lo he dicho a Carlitos Perciavalle. Imitaba mi voz, que es fácil de imitar: ronca, gangosa, me imita mucha gente. En cambio lo que me hacía decir me parecía injusto y se lo dije: `No podes hacerme decir que no entiendo por qué hay gente que vive en villas miseria habiendo estancias tan lindas. Fijate que yo no tengo ninguna estancia, así que no podés hacerme decir una pavada así” (5).

En un reportaje le preguntaron cuáles eran sus miedos “Yo le tengo miedo a la pobreza. Cuando sos pobre parecés más vieja, más fea, no podés afrontar la enfermedad y estás más sola porque no podés invitar a nadie a comer a tu casa”, contestó (6).

A pesar de que siempre mantuvieron su popularidad, Beatriz Guido y Marta Lynch fueron en general respetadas por el ambiente literario. Silvina, en cambio, no lo consiguió.

“En mi opinión no escribió obras de gran literatura, lo que hizo fue un crónica muy minuciosa y realista de la época, por eso es que la podían acusar de aproximarse al escándalo. No hay tal cosa, lo que ocurre es que no era hipócrita. Escribía historias de personajes que todo el mundo sabía que existían, lo que pasa es que en ese momento no se confesaban tan abiertamente como hoy. Ella pertenecía a ese mundo, no podía escribir lo que no conocía. Ése es el valor, absolutamente genuino, que tiene”, opina Jorge Naveiro.

“Pese a que tiene algunos buenos poemas de su juventud y un libro como *Los burgueses*, que en su momento fue interesante, no fue una gran escritora. Era oportunista, disimulaba entre sus personajes ficticios a muchos personajes reales, y eso contribuía en buena medida a su éxito”, agregó Eduardo Gudiño Kieffer.

“Fue muy brillante como periodista y como escritora tuvo aciertos, tenía sentido del humor y luchó mucho por la independencia y la afirmación de la mujer. Pero fuera de *Los burgueses*, que es una novela bien construida, apresuraba un poco sus libros, los escribía al correr de la pluma”, dijo María Angélica Bosco.

“Como escritora era muy pedestre y por lo tanto, falta de interés. Escribía para una burguesía de pocas luces, porque a diferencia de las burguesías europeas, la nuestra es casi analfabeta”, opinó Elvira Orphée.

“Se repetía mucho. Todos los años, para las fiestas de Navidad o el verano, se regalaban libros de ella. Eran libros de playa. Y ella, apurada por terminarlos, no los corregía”, agregó Victoria Pueyrredón.

“Tenía talento literario, pero creo que la arruinó el éxito. Esa necesidad, o esa obligación que tal vez le imponían los editores, de sacar un libro por año. Así sacaba algunas cosas que no se podían creer. Pero tiene momentos en que uno se da cuenta de que es una muy buena escritora. Estropeada, pero buena”, comentó Ernesto Schooler.

“Yo creo que los libros de Silvina Bullrich eran para revista femenina. En eso podía andar, pero no tenía nada que ver con la literatura –continuó Horacio Salas-. No me gustaba por razones ideológicas, pero también porque me parecía una escritora de cuarta, para señoras gordas. No tiene ninguna trascendencia. En *Primera Plana* la destruían, y yo también la destruí alguna vez. Publiqué un artículo sobre uno de sus libros donde citaba, en una página entera de la revista, frases textuales de ella. Eran frases horribles, lugares comunes, tonterías. Puse una detrás de la otra, sin ningún comentario, y al final la palabra ‘Bueno...’ y la firma, Horacio Salas. Estoy seguro de que esas cosas le molestaban muchísimo”.

“Tanto Marta Lynch como Beatriz Guido eran bastante consideradas como escritoras, además de tener repercusión pública. Silvina Bullrich llegó a ser la más mediática, pero en sus últimos años tenía una repercusión distinta, me parece que no tenía pretensiones como Marta o Beatriz”, finalizó Jorge Lafforgue.

“Yo escribo, concretamente, para complacer a mis lectores. Mis libros son como espejos donde cada uno de ellos ve reflejada, con cierta dosis

de fantasía, su propia realidad. Creo que esa es la clave de mi éxito y pienso seguir siendo fiel a mi propia fórmula. Todos los escritores de éxito lo hacen. Hay dos recetas para escribir un buen libro. La primera es la que yo llamo la receta del *staff*. Ésta es típica de los americanos. El escritor reúne a un grupo de médicos, de magnates o de mercenarios. Procesa los datos que ellos aportan sobre sus respectivas profesiones y arma un libro. El resultado son novelas como *Oro, Petróleo, Coma* o *Los centuriones*. Todas *best-sellers*. La otra es la receta del dulce de leche. Es la que aplico yo y la bauticé así porque es más bien casera. Leo en los diarios un hecho que me llama la atención. Sitúo la acción en un lugar identificable para el lector. Le agrego un par de experiencias personales, algunas situaciones imaginadas y el bollo está listo para el horno. Por supuesto, eso sólo es la materia prima. Se necesita, además, oficio, olfato para encontrar la proporción justa y haber establecido con el lector una especie de cordón umbilical, mezcla de amor y exigencia. Todo eso lo tengo yo y el resultado está a la vista. Un escritor argentino, para sobrevivir, además de talento, oficio y ganas de golpearse la cabeza contra la pared, debe tener la maquineta de calcular a mano. De no ser así, a corto plazo van a tener que considerarnos una especie en vías de extinción”, dijo en un reportaje (7).

Cuando le recordaron que Borges decía que escribía para sí mismo y unos pocos amigos, y que Ernesto Sabato declaraba que lo hacía para liberarse de sus propias obsesiones, contestó: “Me sorprenden esas respuestas, porque ambos viven de lo que escriben. Pero en fin, es cosa de ellos”.

Sin embargo, sufría una tremenda contradicción. “En literatura alcancé el éxito y la popularidad, pero me ha sido negado el reconocimiento de mis pares”, dijo en sus memorias. “Envidio a escritores como Mallea, que lograron retirarse, o a otros como Bioy Casares y Silvina Ocampo, que pueden prescindir de la venta en gran escala. No quiero dejar de escribir, pero me gustaría alejarme de la presión de la promoción. Siento que tantos reportajes, fotos y entrevistas televisivas constituyen una suerte de manoseo. Me provocan cierto desagrado de mi persona. Además, estoy condenada a continuar haciendo un libro por año”, se quejó en una entrevista (8). “He cumplido con mi destino de escritora, lo que me reprocho es que ese destino no sea más grandioso y que no me haya esforzado más”, también declaró (9).

“Aunque no lo reconociera, le importaba mucho la opinión de los otros”, recordó Victoria Pueyrredón.

“Antes, nosotros escribíamos para ser inmortales. Dicho así parece pedante o ridículo, pero hace cuarenta años valía. Hoy, debido a la crisis espantosa a la que está sometido el hombre contemporáneo, la inmortalidad ha dejado de ser un valor. Antes un libro se leía durante diez años. Ahora un libro es como una lata de tomates: se abre, se consume y chau. En la sociedad en la que vivimos todo es viejo un día después de haber nacido. Esto también influye para que los jóvenes prefieran ser médicos, electricistas o jugadores de fútbol, en vez de escritores. En fin, supongo que para escribir en la Argentina habrá que volver a la más rancia tradición de nuestra literatura, que es la de ser rico. Pienso en Enrique Larreta, José Hernández, Ricardo Güiraldes, Victoria Ocampo. Sus fortunas personales sirvieron para que pudieran comprar tiempo y libertad para dedicarse a escribir. Esa historia de agarrar la máquina después del trabajo es una verdadera peste. Con estas limitaciones, un escritor jamás puede llegar a convertirse en un verdadero profesional. ¿Qué pasa actualmente en la literatura argentina? Nada de nada. Hace ya treinta años que somos siempre los mismos: Borges, Sabato, Mallea, *Manucho* Mujica Láinez, Silvina Ocampo, yo... ¿Dónde están los nuevos escritores que deben sucedernos? En ninguna parte. El hecho es lamentable, pero es comprensible. Hay razones de peso para que en nuestro país no surjan nuevos escritores”, reflexionó (10).

Aunque varias veces declaró que se sentía “una especie de gurú” por la forma en que cada verano sus lectores esperaban su nuevo libro, hacía rato que había renunciado a la vieja tentación de la inmortalidad.

“Sé que no quedaré en la historia. Un libro como *Los burgueses* sobrevivirá un tiempo, porque considero que es una excelente novela. *Teléfono ocupado*, en cambio, o *Su excelencia envió el informe*, están destinados a morir. El motivo es simple: están mal escritos. Pero escribir es la única manera que conozco de combatir los pecados capitales: el anonimato, la enfermedad, la fealdad, la pobreza, la vejez”, dijo. (11). “Sé que no voy a perdurar en la literatura, mi éxito es un éxito del presente”, agregó en declaraciones a otra revista (12).

Las tiradas de sus libros fueron realmente excepcionales. Llegó a vender un total de un millón de ejemplares, una cifra altísima para la Argentina,

sobre todo si se trata de un autor nacional. Escribió más de cuarenta títulos, que incluyen varios récords. De *los burgueses* se vendieron ciento veinte mil ejemplares y de *Los pasajeros del jardín*, casi cien mil. *Bodas de cristal*, *Un momento muy largo* y *Mañana digo basta* no bajaron de los cincuenta mil ejemplares cada uno y *Mal don*, *Carta abierta a mis hijos*, *Escándalo bancario* y *Mis memorias* también rozaron esa cifra. Además, fue traducida al inglés, al francés, el italiano y hasta al polaco y el checoslovaco.

“Dicen que hay escritores para un elite, otros para escritores, y otros para la posteridad. Yo he sido una escritora para mis lectores contemporáneos. No sé lo que ocurrirá cuando esté muerta, pero gracias a los que hoy viven al mismo tiempo que yo, he conocido ese sentimiento que ahuyenta las sombras de la soledad”, declaró alguna vez.

Sufría por no ser reconocida en los círculos literarios, pero también disfrutaba de su éxito y tenía miedo de perderlo. “No crea que soy tan ingenua como para pensar que esto es eterno. Yo sé que va a venir el mal momento y trato de guardar de a poquito”, confió en un reportaje. Sin embargo, ese mal momento nunca llegó.

NOTAS

- 1.- Oscar Hermes Villordo, *Manucho*.
- 2.- Diario *La Nación*, 1980.
- 3.- María Esther Vázquez, *Borges, esplendor y derrota*, Editorial Tusquets, 1996.
- 4.- Revista *Gente*, 1973.
- 5.- *Ibidem*.
- 6.- Revista *Gente*, 1978.
- 7.- Revista *Somos*, 1979.
- 8.- Diario *La Nación*, 1979.
- 9.- Diario *La Nación*, 1978.
- 10.- Revista *Somos*, 1979.
- 11.- *Ibidem*.
- 12.- Revista *Brigitte*, 1980.

Seguir contándolo todo

Las relaciones entre los principales protagonistas de la vida cultural de ese momento estaban más marcadas por la maledicencia y las rivalidades que por el reconocimiento o el estímulo entre pares. Seguramente esto sucedió siempre, pero la popularidad de la que gozaban hacía que el hecho era fuese más notorio.

Según María Esther Vázquez, quien desde muy joven se relacionó con todos ellos, “era una época diferente, hay cosas que para nosotros resultan desagradables y para ellos eran normales. No hay que olvidar que era gente muy consentida, el público los mimaba. Se trataban de un modo mucho peor de lo que la gente se trata ahora, era una manera de pasión distinta. Nunca mentían, por ejemplo, pero las ironías y las maldades entre ellos eran algo normal”.

“Silvina Bullrich, en declaraciones a una revista, dijo que Borges me había dictado *La invención de Morel*. Yo no estaba peleado con ella, o por lo menos así lo creía”, asegura Adolfo Bioy Casares en sus diarios íntimos.

Tanto Bioy Casares como Silvina y tantos otros, hicieron gala de otra característica del momento: la costumbre de hablar públicamente sobre hechos que pertenecen a la intimidad. “Borges, por ejemplo, era terrible. Quizás el más bueno de todos haya sido Mallea, quien sin embargo conoció a todas las mujeres de la época”, continúa Vázquez.

En sus diarios íntimos, Bioy Casares recuerda que en una oportunidad Silvina le confió que iba a escribir sus memorias, y no se priva de transcribir ese diálogo:

- Yo quisiera recordar y mencionar por su nombre a todas las personas con las que tuve relaciones íntimas -no hablo de acostadas de una noche- pero está mi hijo y están mis nietos.
- No permitas que consideraciones de este tipo impidan que escribas un libro como mejor te parece.

- Tenés razón –me dijo-. Mi hijo no me quiere y mis nietos tampoco. ¿Qué tengo que ver con esa gente? Me gustaría hablar con vos, para que me aconsejes.

Recordamos nuestra juventud y coincidimos en deplorar la vejez.

- Es que para vos y yo –dijo- lo más importante de la vida ha sido encamarnos. Lo demás venía después.
- Me acuerdo de que una vez me dijiste que Pepe (Bianco) fue el mejor de tus amantes.
- Sí, Con él éramos como dos violines. Está mal que yo haga esta comparación, porque soy idiota musical. Pero cuando nos acostábamos era como si arrancáramos acordes, música, a nuestros cuerpos”.

(Pese a que en la edición se aclara que Pepe es el escritor José Bianco, en realidad se referían al historiador José María Rosa.)

El periodista Bernardo Neustadt, que en esa época conducía su programa *Tiempo Nuevo*, invitaba frecuentemente a Silvina Bullrich, Marta Lynch y Beatriz Guido. En una edición inolvidable de *Tiempo Nuevo*, Silvina le confesó que Jorge Luis Borges era impotente y padecía de eyaculación precoz. “En realidad, fue una celada de Neustadt. Ella entraba en seguida porque era una mujer muy frontal y agresiva”, la justifica Daniel Palenque Bullrich.

“A los pocos días de esas declaraciones, murió Borges. Ella reconoció que había estado mal, se quejó de los amigos que la habían censurado por lo que había dicho y a manera de excusa explicó: `Fue como si se me escapara un pedo`, recuerda Adolfo Bioy Casares.

“Yo estaba presente cuando sucedió eso, fue durante una comida –comentó Ernesto Schoo-. Adolfo, con su manera delicada de siempre, le dijo: `Pero Silvina, ¿cómo has dicho semejante cosa sobre Borges, cómo se te ha ocurrido?`. Y Silvina le contestó: `Bueno mirá, qué sé yo, che, como a uno se le escapa un pedo, uno dice cualquier cosa que se le pasa por la cabeza`. Era muy maleducada, tenía un modo muy feo de comunicarse con la gente. Me imagino que en su vida debe de haber habido una cantidad de cosas que terminaron por agriarle el carácter”.

“Tal vez todo esto estuviese vinculado a sus momentos alcohólicos. En las fiestas bebía mucho y en su casa también, se le notaba terriblemente

cuando se le trababa la lengua. Y ahí le afloraban los resentimientos”, dijo Eduardo Gudiño Kieffer, y María Esther Vázquez agregó: “Creo que empezó a beber cuando murió Marcelo Dupont. Había épocas en que se cuidaba, no aceptaba whisky en las reuniones porque sabía que no le hacía bien”.

Con Borges mantuvo una relación sentimental durante los años cuarenta. Según recuerda María Esther Vázquez, “Silvina era graciosa, alegre e inteligente. Borges sintió su atracción y, según su estilo, empezó a acosarla, llamándola varias veces por día, esperándola, mandándole cartitas, mostrándose desesperado por verla y ella, arrebatada por la pasión de su enamorado, cedió”(1).

Adolfo Bioy Casares también cuenta esta anécdota en sus diarios íntimos: “Un día, en la época de su amor por ella, Borges le dijo: `Anoche, a las doce, pasé frente a tu casa, y pensé que estarías en tu cuarto´. Silvina le contestó: `Estaba en mi cuarto, pero no hubiera podido estar con vos, porque estaba con fulano de tal, en cama´”.

Fiel a su tendencia a escribir libros en colaboración con las mujeres de las que se enamoraba, en 1945 Borges publicó *El compadrito* en colaboración con Silvina Bullrich Palenque (aunque estaba en pleno proceso de separación, todavía seguía usando el apellido de su marido). Se trata de una compilación de textos de diversos autores, entre los que figuran Evaristo Carriego, Ezequiel Martínez Estrada, Leopoldo Lugones, Ricardo Güiraldes, Roberto Arlt, Adolfo Bioy Casares y el propio Borges. En el prólogo a una de las reediciones, Silvina confiesa que la idea fue de Borges y él hizo la mayor parte del trabajo. “Yo era muy joven entonces, aún hoy le agradezco a Borges el honor de haberme ofrecido esta colaboración. Su nombre, que es ahora mundialmente conocido, ya era célebre. El mío, que hoy cuenta un poco, brillaba entonces como una luciérnaga en la niebla.” Borges también le dedicó uno de sus poemas, *La noche cíclica*, donde plantea el tema del eterno retorno. Aunque fue escrito en 1940, recién lo incluyó en su libro *El otro, el mismo*, publicado en 1964.

Finalmente se desilusionaron el uno del otro y les quedó “un sentimiento de mutuo desagrado, que ambos conservaron hasta el final (sin embargo, cuando se encontraban se comportaban con gran cortesía)”, agrega María Esther Vázquez.

Una vez superado el enamoramiento, Borges se permitió criticar su literatura. Después de compararla con Silvina Ocampo (“Silvina Bullrich es más conocida que ella y es infinitamente inferior”), dijo: “En el caso de Silvina Bullrich creo que hay dos cosas: el hecho de que este país es muy *snob* y el hecho de que, por obra del peronismo, éste es ahora un país de rencorosos. Ella, entonces, les da las dos cosas: les permite participar en la mejor sociedad y, al mismo tiempo, les muestra esa sociedad como algo deleznable. Bernard Shaw ha dicho que en sus comedias siempre había gente tomando té, porque al público le gustaba ver gente tomando té. No era necesario para la acción, pero como gustaba y era un recurso lícito, él lo usaba. Silvina Bullrich hace eso: muestra gente elegante tomando té y, al mismo tiempo, la muestra como una serie de crápulas o de tilingos. Y como a ella no le importa mucho el estilo...” (2).

“Éramos muy amigos y después nos enfriamos un poco. Siguió una relación un poco lejana, y como a mí me duelen las relaciones lejanas, dejo de ver a la gente cuando pierdo intimidad”, declaró a su vez Silvina (3).

El de Borges no fue el único caso: “Yo la escuché, en una comida en el Jockey Club de Córdoba, hablar muy expresivamente de los atributos sexuales de Eduardo Mallea. Y después les dijo a los que estaban en la mesa: ` ¡Ustedes tendrían que tomar el ejemplo, maricas de mierda!”, contó Eduardo Gudiño Kieffer.

Más allá de estos aspectos, Mallea y Borges eran los escritores argentinos que más admiraba. Al menos, así lo manifestó en un reportaje: “Admiro a Mallea, que marcó muchísimo a las generaciones que vinieron detrás suyo. Él vio, mejor que nadie, la angustia terrible de esta ciudad junto a un río inmóvil. Sería absurdo decir que no admiro a Borges, con su dominio absoluto de la palabras” (4).

Sin embargo, criticaba a Borges cada vez que se le presentaba la oportunidad. “Cuando viaja un escritor muy importante como Borges y le preguntan qué escritores hay en la Argentina, dice: `Caramba, caramba, yo creo que no hay escritores...caramba, yo no sé si existe la Argentina’”, se quejó una vez (5).

En el mismo programa de Neustadt donde habló de las características sexuales de Borges, leyó en un papelito una lista de premios que éste había ganado y comentó: “Los escritores recibimos menos de lo que merecemos, Borges recibió más”. Además, a propósito de su viaje a Ginebra (donde moriría pocos días después), dijo que lo que Borges le debía al país era tanto, que al irse demostraba su ingratitud.

Bioy Casares recuerda en sus diarios íntimos que en cierta oportunidad, un novio que tenía Silvina se enfermó de un pulmón y pasó un mes y medio en cama. “Temía que los médicos le mintieran, temía tener algo grave. Un día lo llamó por teléfono Silvina Bullrich y le dijo: ‘No tiene sentido que yo te espere. Vos tenés tuberculosis’. (No existía entonces la penicilina, la tuberculosis era mortal.) Ya recuperado, le preguntó al médico si no había tenido tuberculosis. El médico le contestó que no.” Más adelante, Bioy agrega que en la época en que Silvina salía con el contador Cacici, José Bianco le preguntó: “¿Tiene plata?”, y ella le contestó: “Si tuviera, ya me habría casado con él”.

Y por si fuera poco, Bioy termina agregando esto: “Se reúnen escritores en una comida en honor de Mujica Láinez. El homenajeado se hace esperar; pasadas las once, por fin llega, principesco y afectado, saludando lánguidamente con manos anilladas. Claramente se oye la voz de Silvina Bullrich: ‘Tenía que llegar tarde, naturalmente, el maricón de mierda’. Interrumpiendo apenas los saludos, Mujica Láinez contesta en el acto, con voz igualmente clara: ‘Callate vos, gaucho con concha’”.

Eduardo Gudiño Kieffer también recuerda este episodio, y finaliza: “Cuando Silvina se refería a Mujica Láinez, decía ‘*Manucho* de las cuatro emes: *Manucho* Mujica Maricón de Mierda’. Ése era el diálogo entre dos escritores de la alta sociedad en los años sesenta o setenta en la Argentina”.

NOTAS

- 1.- María Esther Vázquez, *Borges, esplendor y derrota*.
- 2.- María Esther Vázquez, *Borges, sus días y su tiempo*, Javier Vergara Editor, 1999.
- 3.- Revista *Gente*, 1976.
- 4.- Diario *La Nación*, 1978.
- 5.- Revista *Gente*, 1978.

La tragedia

Aunque no intentó relacionarse con la dictadura militar, Silvina la apoyó en varios aspectos. Ante todo, se hizo eco de la “campaña antiargentina en el exterior” que los militares denunciaban constantemente para negar las acusaciones de violaciones a los derechos humanos. “Me cansé de mostrar mi pasaporte lleno de entradas y salidas. De explicar que nadie nos retiene en la Argentina. La mala prensa es más fuerte que los gritos de algunos aislados turistas”, dijo comentando un viaje a París. En otro artículo, se refirió a “toda esa `buena prensa´ de que disfrutamos ahora, gracias a un grupo de intelectuales de izquierda que vive confortablemente en Europa, desacreditando a la Argentina. El heroísmo es saber que nuestro lugar está aquí” (1).

No fue la única, por supuesto. En esa misma época, Manuel Mujica Láinez declaró en España: “Estamos allí muy tranquilos. Estamos todos: Borges, Sabato, Silvina Ocampo, Bioy Casares, yo, todos los grandes. El único escritor de prestigio que no está en la Argentina es Cortázar, que hace veinte años vive en Europa”.

Silvina también apoyó a José Alfredo Martínez de Hoz, el ministro de Economía de la dictadura. Según Daniel Palenque Bullrich, su madre no entendía de política económica y el apoyo se debió solamente al hecho de que -aunque en forma indirecta- Martínez de Hoz la favoreció. “El primer ministro que hizo algo a favor de los escritores fue Martínez de Hoz, que quitó los impuestos a los réditos de los derechos de autor”, declaró Silvina a una revista (2).

Sin embargo, se manifestó en contra de la Guerra de Malvinas. “La primera en denunciar el despropósito de la Junta Militar que llevó a cabo la ofensiva fue Silvina Bullrich, a quien se censuró mucho por estas opiniones”, dice María Esther Vázquez (3), y Daniel Palenque Bullrich agrega: “Hacía constantes declaraciones contra la guerra. Yo le dije que me parecía muy bien que manifestara su opinión, pero no que se pasara el día haciéndolo porque recibía muchos ataques”.

Silvina debió sufrir en carne propia uno de los tantos hechos de violencia que caracterizaron esa época, cuando los hijos de su amado Marcelo Dupont fueron víctimas de un episodio tan célebre como tremendo.

Marcelo Dupont había tenido dos hijos varones: Gregorio y Marcelo. Gregorio era diplomático, y en 1976 se desempeñaba en el Departamento de África y Cercano Oriente de la Cancillería, que en esa época dependía del almirante Emilio Eduardo Massera (4). Después de manifestarse en contra de la independencia de Transkei (un estado títere fundado artificialmente por Sudáfrica donde la Armada pensaba enviar un diplomático) y de hablar mal de Massera delante de Martha Rodríguez McCormack, amante del almirante, recibió la noticia de su baja en el Servicio Exterior.

Debía ganarse la vida, pero encontrar un nuevo trabajo no le resultó sencillo. “Mónica Cahen D’Anvers me ofreció trabajar en la producción del noticiero de Canal 13, pero luego me avisó que no podría hacerlo porque estaba en una lista negra. Miguel Briante me ofreció escribir en la revista *Panorama*, pero pasó lo mismo. En los medios privados, si tomaban a alguien incluido en las listas negras, les levantaban la publicidad oficial”, recuerda. Se dedicó entonces a la venta de departamentos, y también trabajó como director de relaciones públicas de la boite *Mau Mau*.

Dos años después, encontró casualmente a Elena Holmberg, una vieja colega a quien no veía hacía un tiempo. Elena le reveló que en Francia – donde cumplía funciones en el Centro Piloto, un asentamiento naval con base en París- había tenido conocimiento de los contactos entre Massera y el grupo Montoneros, y al comunicárselo a sus superiores se le había ordenado viajar inmediatamente a Buenos Aires. Al poco tiempo de su encuentro con Dupont, el 20 de diciembre de 1978, fue secuestrada. Seis días después su cuerpo apareció flotando en el Río Luján.

“En el entierro de Elena me encontré con otros diplomáticos a los que ella les había contado lo mismo, pero siempre se negaron a declarar”, dice Dupont.

Recién en 1982 el hecho fue investigado judicialmente. “El juicio se inició cuatro años después, porque el gobierno militar decía que estaba investigando y la familia Holmberg confiaba en ellos”, explica. A pedido de uno de los hermanos de Elena, de quien era amigo, Gregorio declaró como

testigo, y su testimonio apareció en la primera plana de todos los diarios. “Los taxistas me reconocían y no me cobraban el viaje”, recuerda. Massera publicó una solicitada donde negó haber tenido participación en la muerte de Elena Holmberg y le inició un juicio por calumnias. Al mismo tiempo, se produjo el secuestro de su hermano.

Marcelo Dupont (h) fue secuestrado el 29 de septiembre de 1982. Tenía una agencia de publicidad y no desarrollaba ningún tipo de actividad política. “Cuando le conté que iba a declarar en el juicio, me dijo: ‘No seas boludo, te va a pasar algo jodido’. Lo mismo le había dicho yo a Elena cuando me contó lo de Massera. ‘Vos también, Goyo, creés en la campaña antiargentina’, me había dicho. Elena era muy gorila. Su odio contra Massera se debía a que, a su criterio, el almirante estaba traicionando el Proceso”, continuó Gregorio.

A partir de la desaparición de Marcelo, comenzaron a circular una serie de versiones confusas que indicaban que se lo había visto en el Brasil, pero finalmente su cadáver apareció frente a un edificio en construcción desde el cual lo habían arrojado, luego de torturarlo con corriente eléctrica, quemaduras y golpes. Nunca se supo si se trató de una venganza dirigida a su hermano, o si directamente lo habían confundido con él.

Daniel Palenque Bullrich conoció a Gregorio Dupont cuando sus respectivos padres estaban casados, pero recién se hicieron amigos muchos años después, mientras jugaban juntos al golf. Como abogado, Palenque tomó la defensa de Dupont en el juicio por calumnias que le inició Massera. Allí Gregorio fue procesado, pero durante el gobierno de Raúl Alfonsín la cámara lo absolvió. Además, fue reincorporado al Servicio Exterior.

“Toda esa época me unió mucho a Goyo”, reflexiona Daniel Palenque Bullrich. Durante el entierro de Marcelo, el hijo de Silvina habló públicamente en el cementerio. “Dije que era el fin del proceso militar, porque ya no se luchaba contra el terrorismo sino por bajezas e intereses personales. Recuerdo que mi madre me decía que me callara la boca porque me iban a matar.”

Lo cierto es que recién a partir de los asesinatos de Elena Holmberg y Marcelo Dupont (h), un importante sector de la sociedad comenzó a tomar conciencia de hasta dónde podían llegar Massera y la dictadura. El

día del entierro de Marcelo, al salir de su departamento hacia el cementerio de la Recoleta, Silvina decidió jugarse a su manera. “Bajó con Amalita Fortabat y las dos se despacharon con los periodistas que estaban en la puerta”, recuerda Gregorio.

Después del asesinato de su hermano, a Gregorio le resultó difícil salir del país ya que no le daban el pasaporte, aduciendo un choque de automóvil que había tenido en 1959. La embajada de Francia le ofreció un documento por sus ancestros franceses, y Daniel Palenque organizó una colecta y le pagó el pasaje. En Europa hizo una profunda investigación sobre la desaparición de Elena Holmberg. “Estoy seguro de que en la negociación que hizo en ese momento, Massera arregló la tregua del Mundial de Fútbol y lo hizo en nombre de los tres comandantes. Los montoneros estaban dispersos, y además estaba lleno de informantes”, afirmó.

NOTAS

- 1.- Revista *Gente*, 1976.
- 2.- Revista *Gente*, 1978.
- 3.- María Esther Vázquez, *Borges, esplendor y derrota*
- 4.- Emilio Eduardo Massera desarrolló, en la Escuela Mecánica de la Armada, uno de los centros de detención clandestina más siniestros de la dictadura militar.

El final

“Odio la fealdad, me crispa, me da miedo, qué sé yo. La vejez, por más que se diga y haga, te afea. La vejez es un insulto a la vida”, declaró Silvina a una revista cuando acababa de cumplir sesenta y cinco años (1).

Decidió someterse a un *lifting* y fiel a su estilo, hizo pública su decisión. En una gran nota que publicó la revista *Gente*, opinó sobre las ventajas de este tipo de operaciones y su cirujano, el doctor Manuel Sarrabayrouse, explicó la técnica que pensaba utilizar, con gráficos incluidos.

La madurez no sólo la agobió en el aspecto físico, también sintió que su literatura se estaba agotando. “Siempre decía que cuando una es joven y tiene muchas vivencias, es cuando escribe los mejores libros. Que a medida que se es más grande se va teniendo una vida más aburrida, más tranquila y con menos relaciones, y se acaban los temas. A los sesenta años decía que había escrito sus mejores libros a los cuarenta, seguramente porque eran muy referenciales. Le angustiaba no poder escribir. Pensaba que cuanto más edad tuviera, menos brillantes iban a ser sus libros”, recuerda Gloria Rodríguez. “Un día la encontré por la calle y me comentó: `Ahora ya no me queda nada por hacer más que jugar a las cartas y escribir. Así que escribo, escribo y escribo’”, agregó Martha Mercader.

Fue allí cuando decidió publicar sus memorias. Al anunciar su aparición, recordó un comentario que había hecho Simone de Beauvoir al encarar las suyas. “Yo ya no puedo escribir novelas”, había dicho Simone, y ella sintió que la comprendía. “Sentí algo parecido cuando comencé *Mis memorias* –dijo-. Después de Victoria Ocampo, soy la primera escritora argentina que publica sus memorias” (2).

“El libro no me gustó porque no fue sincera –opina Victoria Pueyrredón, quien la conoció bien-. En la primera parte, cuando habla de su infancia y juventud, es honesta y cuenta todo. Pero cuando recuerda su madurez hay muchas cosas que calla, sobre todo sus relaciones sentimentales”.

En 1982 publicó *La mujer postergada*, un ensayo sobre la condición femenina donde aparecen frases como esta: “Los obreros, los negros y las mujeres somos más fáciles de engañar”.

Al año siguiente, el país volvió al sistema democrático con la presidencia de Raúl Ricardo Alfonsín. Muchos escritores apoyaron al nuevo gobierno, entre ellos Beatriz Guido, que fue nombrada agregada cultural en España, y Marta Lynch, quien no logró ocupar un rol preponderante debido a su apoyo a Massera y la dictadura militar. Silvina se mantuvo al margen.

Siguió escribiendo (ese mismo año apareció *Cuento cruel* –una ficción donde aprovechó para manifestarse en contra de la ley de herencia obligatoria- y al año siguiente, *A qué hora murió el enfermo* –otro *best-seller* donde a raíz de una situación que le tocó vivir, eligió criticar el sistema de salud-), participando en programas de televisión y asistiendo a conferencias y actos. En la Feria del Libro de 1984 –donde reaparecieron los escritores exiliados durante la dictadura militar y el tema dominante fue la represión vivida durante esos años, con un contenido altamente político –participo en una actividad que se llamó “Juicio a los *best-sellers*”, que fue multitudinaria. Allí hizo de abogado defensor y con su estilo agresivo de siempre, logró que el *best-seller* resultara absuelto.

Pero su depresión seguía aumentando. En una nota en *La Nación* escribió: “No me gustan los viejos. Qué mujer no empieza a engordar pasados los cuarenta años. Cuál no advierte celulitis en sus muslos, párpados hinchados, arrugas en la comisura de los ojos y los labios. Quién no teme después de los cincuenta saltar desnuda de la cama ante los ojos de un hombre querido. Infartos, cáncer, hemorragias cerebrales, edemas pulmonares me has ido dejando muy sola, como a todas las personas de mi edad. El amor, ¿cómo reemplazarlo y para qué vivir sin él? La inteligencia de dos cuerpos, la armonía que se confieren, no pueden ser suplidas por ningún modisto a la moda. Después, la vida es esta larga monotonía”.

Al poco tiempo de la publicación de este artículo, se suicidó Marta Lynch. Su muerte causó un gran impacto y fue ampliamente cubierta por todos los medios.

En sus diarios íntimos, Adolfo Bioy Casares recuerda que en esos días encontró casualmente a Silvina, “en la avenida Alvear, cerca del quiosco.

Está muy rosada, con los cachetes inflados y sin arrugas. Me dice: `Qué mierda es la vejez. Claro que no hay que hacer lo de la tarada de Marta Lynch. Pegarse un tiro: qué espanto. La pastilla, sí. Va a llegar el día en que habrá que tomarla. ¿Vos la vas a tomar? Yo te juro que sí. Yo, che, no quiero estar un día como Silvina (Ocampo, mi mujer). No hay que parar a pensar en los hijos y nietos. No tengo nada que ver con ellos. Más afines conmigo son esos que pasan. Uno debe hacer lo que quiera, sin pensar en los hijos. Vos estás muy bien, yo también, pero en plena decadencia. Tu nuevo libro me inclinó a escribir el artículo sobre la vejez. Hay que admitirlo: vos, che, inventaste la televisión. ¿Qué otra cosa es *La invención de Morel*? Y ahora publicás ese libro. Es para morir. ¿Y te digo algo más? Cuando muera Silvina (Ocampo) vas a quedar roto, vas a dar lo que se llama un bajón. La vas a extrañar. Vas a estar solo. ¿Has pensado que ya nunca tendrás sesenta y nueve años, ni setenta? ¿Te das cuenta lo que será cuando cumplas ochenta?´´´.

En 1986, Silvina publicó *La bicicleta* (en obvia referencia a la bicicleta financiera, otro tema del momento), y al año siguiente, una compilación de artículos publicados en el diario *La Nación* y algunas revistas, con el sugestivo título de *Cuando cae el telón*. En esa época se le manifestaron problemas óseos y debió someterse a una operación en la Clínica del Sol, donde le colocaron una prótesis en la cabeza del fémur. El resultado fue positivo: “No le quedaron secuelas y a los tres días de abandonar la clínica pudo dejar de usar bastón”, recuerda María Esther Vázquez.

“Un día me llamó por teléfono para comentarme que le estaba pidiendo a su editorial que le organizara un acto de homenaje a la Feria del Libro – recuerda Marta Díaz, la directora de la Feria-. Me dijo que prefería que le hicieran homenajes en vida y no después de muerta, cuando ya no tenían importancia. Ese día me habló también de su relación con los hombres, en forma bastante pesimista. Como yo no tenía confianza con ella ni formaba parte de su grupo, me sorprendió bastante. Supongo que debió haberlo hecho porque estaría pasando un momento especial y necesitaba a alguien que le pusiera la oreja. Sorprendía mucho su voz tan fuerte y tan ronca. Finalmente la editorial le hizo el acto en la Feria y quedó muy complacida”.

En 1990 se ocupó del lanzamiento de su último libro, *Mis novelas escogidas*, una selección “¡Ay!, tan difícil de hacer, de mis novelas escritas a lo largo de cincuenta años, sin prisa pero sin pausa”: *Historia de un*

silencio, Bodas de cristal, Un momento muy largo, Los burgueses, Mañana digo basta, Los pasajeros del jardín, Mal don y Te acordarás de Taormina. “La obra dura más que cualquier ser humano, más que la envidia, más que el silencio”, escribió en el prólogo que entregó a Emecé.

Luego decidió viajar a Ginebra, Suiza, para internarse en la clínica de rejuvenecimiento *La Prairie*. “Cuando se fue ya sabía que estaba muy enferma, pero a mí no me lo dijo”, dice Daniel Palenque Bullrich. “En realidad ella quiso ir a morirse a Ginebra, porque sabía que no iba a poder resistir el viaje”, agrega María Angélica Bosco. Sin embargo María Esther Vázquez asegura que se encontraba perfectamente, y que su único fin era someterse a un tratamiento de rejuvenecimiento facial. “El avión en que viajó sufrió una descompensación. Hacía muchísimo frío en la cabina, y pese a que la abrigaron con mantas, sus pulmones, que a esa altura estaban bastante deteriorados, no pudieron soportarlo. Fue por eso que llegó mal a Ginebra”, dice.

Gregorio Dupont, quien en esa época estaba destinado en Suiza como diplomático, la fue a buscar al aeropuerto. “Al llegar me dijo: ‘He venido a morir a Ginebra’. Yo no le creí porque se la veía bien”, cuenta.

Se internó efectivamente en *La Prairie*, pero tres días después debió dejar la clínica y hospedarse en un hotel. Dupont habló con ella y quedó en pasarla a buscar para salir a comer, pero un rato después recibió un llamado del hotel avisándole que Silvina se había desmayado. “Ya estaba con mucha insuficiencia de oxígeno y eso provocaba que le llegara poca sangre al cerebro”, asegura. La trasladaron al Hospital Cantonal de Ginebra y Gregorio le avisó a Daniel Palenque Bullrich, quien viajó inmediatamente.

“Mientras Daniel llegaba, yo me ocupé de ella. El médico me dijo: ‘La señora no quiere vivir. No lucha, no hace nada. Su enfermedad es grave pero ella está totalmente entregada y no ayuda’. Todavía estaba consciente y me dijo que quería despedirse”, recuerda Dupont.

“Pasé un mes en Ginebra, hospedado en lo de Gregorio. Cuando llegué ya no me reconocía, estaba inconsciente, pero de todas maneras nuestra relación no era buena y supongo que no tendría muchas ganas de verme”, recuerda Palenque Bullrich.

Murió en el Hospital Cantonal de Ginebra, el mismo donde falleció Borges. “Imposible dejar de notar las coincidencias: ambos fueron escritores, murieron enfermos en Ginebra, y en días de euforia futbolera. Jorge Luis Borges, el 14 de junio de 1986. Silvina Bullrich, el 2 de julio de 1990, cuando el Mundial se jugaba en Italia”, comentó una revista a raíz de su muerte (3).

Su hijo se encargó de traer el cuerpo a Buenos Aires y de sepultarlo en el cementerio Jardín de Paz, donde ya estaban enterradas Marta Lynch y Beatriz Guido. En el caso de Silvina, ella se había ocupado personalmente de reservar su espacio antes de viajar a Ginebra. Pese a ser la mayor, había terminado sobreviviendo a sus dos viejas rivales.

A diferencia de lo que sucedió con Marta y Beatriz, en el entierro de Silvina no se vieron demasiadas personalidades del ambiente literario, ni tampoco se aludió en los discursos fúnebres a su condición de escritora. “Me pareció injusto porque Silvina fue una escritora profesional, una de las pocas que logró mantenerse con lo ganado por derechos de autor y colaboraciones periodísticas”, declaró su editora Gloria Rodríguez a una revista (4).

Después de su muerte, Daniel Palenque Bullrich se enfrentó con algunos parientes y amigos de su madre por el destino que había dado a su dinero y alhajas. “Dejó una caja de seguridad a nombre de ella y un amigo, Fernando Guerrico. Probablemente su intención haya sido no dejarme nada, pero yo era su heredero. Antes de morir había vendido su casa de Punta del Este, en realidad quería cortar todos sus lazos. Inicié algunas acciones legales, pero no prosperaron”.

El tema de la herencia constituyó siempre una preocupación. “He visto muchos jóvenes, inclusive a menores de once o doce años, preguntando quién heredará a la familia, cosa que a mí me dejó sorprendida. Yo jamás pensé en quién heredaría a mis padres. En la Argentina hay una ley que me parece totalmente injusta, y lo digo siempre: es la ley de herencia obligatoria”, escribió en *Cuento cruel*, publicado en 1983.

Dejó un testamento, donde instituyó el premio de literatura *Silvina Bullrich*, que debía otorgarse cada tres años a un autor inédito. Sin embargo, sólo se otorgó una vez y la ganadora fue María Esther de Miguel.

“¿Por qué hoy Silvina está olvidada? No me lo explico, y lo mismo sucede con Marta, Beatriz, Mujica Láinez, Mallea y tantos otros. La ingratitud del lector se extiende a muchas figuras de la vida literaria argentina”, reflexiona Jorge Naveiro.

Ella, que logró un protagonismo extraordinario y representó tantas cosas, después de muerta fue absolutamente ignorada. No sucedió lo mismo con el modelo de escritora que, salvando las distancias, la había inspirado. “Una vez le pregunté quién hubiera querido ser y me contestó: ‘Simone de Beauvoir’. Le hubiera gustado ser una especie de Simone de Beauvoir”, dice Victoria Pueyrredón.

Silvina fue la traductora al castellano de *La invitada*, *Todos los hombres son mortales*, *Memorias de una joven formal*, *La plenitud de la vida* y *Los mandarines*. En sus memorias, recuerda que el día en que conoció a Simone tuvieron “la conversación más amistosa que tuve con un escritor extranjero”. “Estuvimos tomando una copa y comiendo algo en Saint-Germain-des-Prés. Era en ese año 1960 en que apareció *Bodas de cristal* en francés. Me encontró muy joven y bonita. Yo resplandecía como toda mujer aún joven que está gozando de un éxito, de la promesa de un amor y de un viaje. Era una hora cumbre de mi vida. He escrito varios artículos sobre ella pues la considero la escritora de más aliento y tal vez la mejor de este siglo”.

Cierta vez, al regresar de un viaje a París, le comentó a Ernesto Schoo: “Me encontré con Simone en la editorial Gallimard y estuvimos charlando un largo rato sobre la venta de nuestros libros”. “Lo contó en tono casual, como si no le diese importancia”, recuerda Schoo. Sin embargo, en una entrevista posterior fue más honesta. “Cuando llamé a Simone de Beauvoir la primera vez, en París, fue simpaticísima. Pero la segunda, en Roma, me contestó muy enojada, diciéndome que estaba de vacaciones”, dijo (5).

En realidad, el flechazo no había sido mutuo. Si Simone tuvo una amiga en la Argentina, ésta fue la escritora María Rosa Oliver, a la que frecuentó en los congresos internacionales que organizaba el Partido Comunista y a quien le dedica un párrafo en sus memorias. Según cuenta Juan José Sebrelli, “Oliver me comentó que en una oportunidad Simone le dijo: ‘Por favor explíqueme quién es esa mujer tan desagradable llamada Silvina

Bullrich. En un encuentro que tuvimos en París no hizo más que hablarme de la plata que ganaba con sus libros y de los hombres con los que se acostaba”.

“Es una de las escritoras que más admiro. Ella tuvo a su favor algo que yo no tuve: un gran escritor a su lado (Jean Paul Sartre) y Francia. Pero tiene mucho aliento y eso es muy difícil. Puede escribir largas novelas, bien armadas y sostenidas. Yo no tengo aliento largo pero me consuelo porque Borges, con muchísimo más talento que yo, tampoco lo tiene”, dijo Silvina en un reportaje (6).

Simone de Beauvoir se graduó en filosofía en La Sorbona y constituyó, junto a Jean Paul Sartre, la representación máxima del existencialismo. Fue una activa militante feminista, se pronunció a favor del aborto, militó por los derechos humanos, adhirió al socialismo, se manifestó contra las guerras de Argelia y Vietnam y apoyó los movimientos estudiantiles de mayo de 1968 en París. ¿Por qué Silvina tomó como modelo a una escritora con inquietudes tan distintas a las suyas? La periodista María Moreno hace un aporte interesante cuando remarca que Simone dejó en la Argentina huellas “por lo menos heterogéneas”. Como que cada uno leyó lo que quería o podía leer.

Influyó en autores tan disímiles como Oscar Masotta, Germán García, Beatriz Guido (“con su vínculo místico-intelectual con Leopoldo Torre Nilsson y el sello del compromiso político en sus novelas”), Ernesto Sabato (cuyos personajes Alejandra –en *Sobre héroes y tumbas*- y María –en *El túnel*- tienen “un fondo de adustez muy a lo de Beauvoir”) y por último, en Silvina Bullrich.

“*El segundo sexo* instó a Silvina Bullrich a una interpretación pragmática y burguesa, que la llevó a promover en sus obras la independencia sexual y la necesidad profesional”, dice Moreno, para después preguntarse si no habrá incidido en su lectura “un toque de Françoise Sagan” (7).

Tal vez sea todo un gran malentendido. Las eternas diferencias entre un país que no termina de encontrarse y aquel otro al que quiso parecerse durante tanto tiempo, aunque jamás pudo lograrlo.

NOTAS

- 1.- Revista *La Semana*, 1980.
- 2.- Revista *Somos*, 1980
- 3.- Revista *Somos*, 1990. Nota de Vilma Colina
- 4.- Revista *Somos*, 1990
- 5.- Diario *La Opinión*, 1978
- 6.- Diario *La Nación*, 1978.
- 7.- Prólogo a una reedición de *El segundo sexo*.

BIBLIOGRAFÍA

Bioy Casares, Adolfo, *Descanso de caminantes*, Editorial Sudamericana, 2001.

Bullrich, Silvina, *Entre mis veinte y mis treinta años*, Emecé Editores, 1970.

Bullrich, Silvina, *Mis memorias*, Emecé Editores, 1980.

Bullrich, Silvina, *Mis novelas escogidas*, Emecé Editores, 1980.

Bullrich, Silvina, *Páginas seleccionadas por la autora*, Editorial Celtia, 1983.

De Beauvoir, Simone, *El segundo sexo*, Editorial Sudamericana, 1999 (reedición).

Guido, Beatriz, *Fin de la fiesta*, Editorial Losada, 1958.

Guido, Beatriz, *El incendio y las vísperas*, Editorial Losada, 1964.

Guido, Beatriz, *Escándalos y soledades*, Editorial Losada, 1970.

Guido, Beatriz, *La invitación*, Editorial Losada, 1979.

Guido, Beatriz, *Rojo sobre rojo*, Editorial Alianza, 1987.

Jauretche, Arturo, *El medio pelo en la sociedad argentina*, Editorial Peña Lillo, 1966.

Jauretche, Arturo, *Prosa de hacha y tiza*, Juárez Editor, 1969.

Lagos, Ovidio, *Argentinos de raza*, Emecé Editores, 1968.

Lynch, Marta, *La alfombra roja*, Fabril Editora, 1962.

Lynch, Marta, *La señora Ordóñez*, Editorial Jorge Álvarez, 1968.

Lynch, Marta, *No te duermas, no me dejes*, Editorial Sudamericana, 1985.

Mucci, Cristina, *La señora Lynch*, Editorial Norma, 2000.

Mucci, Cristina, *Divina Beatrice*, Editorial Norma, 2002.

Vázquez, María Esther, *Borges, esplendor y derrota*, Editorial Tusquets, 1996.

Vázquez, María Esther, *Borges, sus días y su tiempo*, Javier Vergara Editor, Grupo Zeta, 1999.

Villordo, Oscar Hermes, *Manucho*, Editorial Planeta, 1991.

MATERIAL PERIODÍSTICO

Diarios *Clarín*, *La Nación*, *La Opinión*.

Revistas *Gente*, *Somos*, *Primera Plana*, *Confirmado*, *Siete Días*, *Para Ti*, *La Semana*, *Claudia*, *Brigitte*.

LIBROS DE SILVINA BULLRICH

Vibraciones (Edición de la autora, 1935).

Calles de Buenos Aires (Edición de la autora, 1939).

Saloma (Edición de la autora, 1940).

Su vida y yo (Editorial Espasa Calpe, 1941).

La redoma del primer ángel (Emecé Editores, 1943).

La tercera versión (Emecé Editores, 1944).

George Sand (Emecé Editores, 1946).

Historia de un silencio (Editorial Medina del Río, 1949).

Bodas de cristal (Editorial Sudamericana, 1952).

Teléfono ocupado (Editorial Goyanarte, 1956).

Mientras los demás viven (Editorial Sudamericana, 1958).

El hechicero (Editorial Goyanarte, 1961).

Un momento muy largo (Editorial Sudamericana, 1961).

Los burgueses, (Editorial Sudamericana, 1964).

Los salvadores de la patria (Editorial Sudamericana, 1965).

Historias inmorales (Editorial Sudamericana, 1965).

La creciente (Editorial Sudamericana, 1967).

Mañana digo basta (Editorial Sudamericana, 1968).

Carta a un joven cuentista (Editorial Santiago Rueda, 1968).

El calor humano (Editorial Merlín, 1969).

El mundo que yo vi (Editorial Merlín 1969).

Carta abierta a los hijos (Emecé Editores, 1969).

Entre mis veinte y treinta años (Emecé Editores, 1970).

La aventura interior (Editorial Merlín, 1970).

Los pasajeros del jardín (Emecé Editores, 1971).

Los monstruos sagrados (Editorial Sudamericana, 1971).

Mal don (Emecé Editores, 1973).

Su excelencia envió el informe (Emecé Editores, 1974).

Te acordarás de Taormina (Emecé Editores, 1975).

Será justicia (Editorial Sudamericana, 1976).

Reunión de directorio (Emecé Editores, 1977).

Los despiadados (Emecé Editores, 1980).

Mis memorias (Emecé Editores, 1980).

Escándalo bancario, (Emecé Editores, 1981).

La mujer postergada (Emecé Editores, 1982).

Cuento cruel (Editorial Abril, 1983).

A qué hora murió el enfermo, (Emecé Editores, 1984).

La Argentina contradictoria (Emecé Editores, 1986).

La bicicleta (Emecé Editores, 1986).

Cuando cae el telón (Emecé Editores, 1987).

Mis novelas escogidas (Emecé Editores, 1990).

AGRADECIMIENTOS

A Analía Sivak, por realizar parte de las entrevistas.

A Oscar Barney Finn, por contestar mis preguntas sobre cine argentino.

A Jorge Naveiro, por sus testimonios y por facilitarme el acceso al archivo de la Editorial Atlántida.

A José Miguel Onaindia, Victoria Pueyrredón y Horacio Salas, por sus testimonios y por sus libros de Silvina Bullrich y Arturo Jauretche que hoy no se consiguen.

A Silvina Keselman, por ayudarme a completar la información bibliográfica.

A Graciela Borges, María Angélica Bosco, Edgardo Cozarinsky, Marta Díaz, Gregorio Dupont, Beatriz Haedo de Llambí, Silvina Lanús, Jorge Lafforgue, Martha Mercader, Elvira Orphée, Daniel Palenque Bullrich, Silvia Raverot, Antonio Requeni, Gloria Rodríguez, Horacio Rodríguez Larreta, Juan José Sebreli, Ernesto Schoo y María Esther Vázquez, por sus testimonios.

A Sara Facio, por sus fotografías para las portadas de *Divina Beatrice* y *La gran burguesa*.

A Leonora Djament y Cristina Alemany, por el apoyo de siempre.

A Eduardo Gudiño Kieffer y María Esther Miguel, *in memoriam*, por sus importantes aportes a mi investigación sobre el trío más mentado.